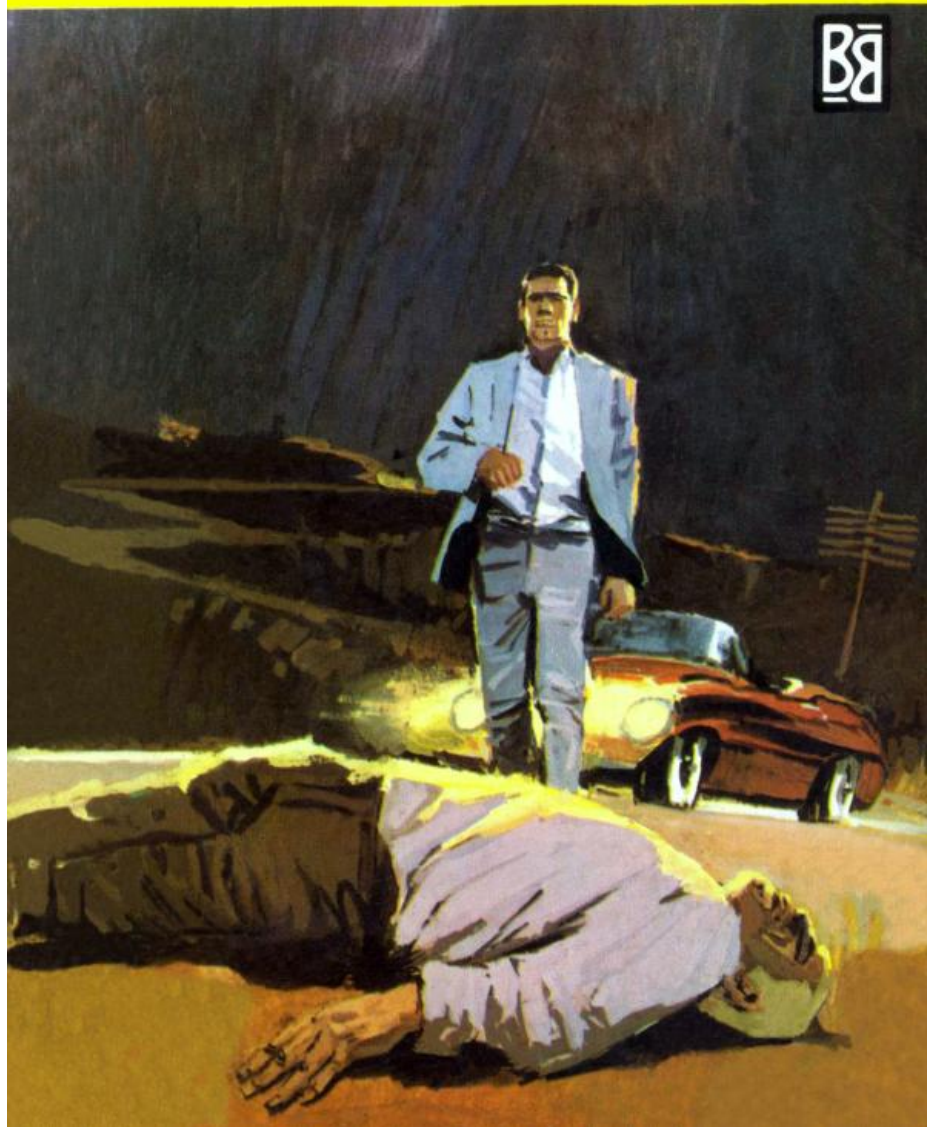


PUNTO
ROJO

el FBI venga a sus muertos

Frank McFair

B&B



COLECCION

PUNTO ROJO



RODNEY



ANACONDA

THE
NUT

FRANK MCFAIR

EL FBI VENGA A SUS MUERTOS

Colección PUNTO ROJO n.º 296

Publicación semanal

Aparece los SÁBADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO - RÍO
DE JANEIRO

Depósito Legal B 31.454 - 1967
Printed in Spain - Impreso en España

1.^a edición: diciembre 1967

© FRANK MCFAIR - 1967
sobre la parte literaria

© DESILO - 1967
sobre la cubierta

© PEÑA - 1967
sobre la ilustración interior

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUCUERA, S. A. Mora la Nueva, 2.
Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona – 1967

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

1.028. — Zurdo.

En Colección ALTO SECRETO:

7. — El FBI en el barco trágico.

En Colección PUNTO ROJO:

283. — El FBI colabora gustoso.

En Colección SERVICIO SECRETO:

869. — Con la piel de un muerto.

En Colección BRAVO OESTE:

326. —Hubo una vez dos hermanos.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

160. — Procedencia: Hong-Kong.

En Colección KANSAS:

487. — La viuda.

En Colección SELECCIONES SERVICIO SECRETO:

266. — La larga mano del FBI.

En Colección CALIFORNIA:

584. — Lone «Solitario».

CAPÍTULO PRIMERO

Buck Ronald conducía despreocupadamente, aunque la carretera no fuese precisamente una hermosa autopista. Se trataba, por el contrario, de una ruta de segunda categoría, pero el tráfico en ella era nulo, la noche hermosa, y no tenía prisa alguna.

A su derecha, el terreno se elevaba paulatinamente, en un talud suave, cubierto de árboles. A su izquierda, descendía, también suavemente, e igualmente cubierto de árboles.

Buck silbaba con la misma despreocupación con que conducía. Al llegar a la curva, pisó ligeramente el freno y cambió. Los faros iluminaron la curva ante él, barriendo lentamente la pista. Otra de las razones que le empujaban a no apretar el acelerador era que la carretera estaba polvorienta y no tenía ninguna gana de respirar polvo. Bastante había tragado ya en la ciudad.

Porque Buck estaba en vacaciones, en su tercer día de vacaciones, durante las cuales había pensado en recorrerse la mayor cantidad posible del medio oeste americano.

Y...

Allí estaba, casi en medio de la carretera.

Su pie derecho abandonó el acelerador, cuando apenas acababa de posarse sobre él y oprimió el freno.

El auto se detuvo, a menos de diez yardas de aquello.

Buck no perdió ni un solo minuto. Años de adiestramiento le permitían obrar de una manera casi inconsciente ante cualquier situación insólita.

Y aquella lo era.

Casi en medio de la carretera había un cuerpo tendido en el suelo.

El cuerpo de un hombre, con los brazos en cruz y las piernas separadas.

Sin quitar el encendido echó el freno de mano. Luego, con lentitud en la que sin embargo no había el menor movimiento inútil, se apeó y caminó hacia el cuerpo.

Era el de un hombre, tendido boca abajo. Los faros del coche iluminaban la escena, pero si se colocaba delante, se quitaba a sí mismo la luz. Volvió sobre sus pasos y sacó la linterna de la guantera.

Con ella en la mano, caminó de nuevo hasta el cuerpo. Primero, una ojeada a la espalda del hombre. En ella, a la altura de los riñones, había una mancha de un color rojo oscuro y brillante.

Se agachó y cuidadosamente volvió el cuerpo un poco para verle la cara. No era nada agradable de mirar.

Las facciones estaban aplastadas, la nariz torcida, la boca abierta, uno de los ojos reventado...

No, no era nada agradable.

La mano de Buck se posó en el pecho del hombre, sobre la camisa, ya que el caído no llevaba chaqueta.

Ni una pulsación bajo las yemas de sus dedos. En realidad no lo necesitaba para saber que el hombre estaba muerto, pero había querido asegurarse.

Muerto.

Se irguió y encañonó con la linterna los alrededores del cadáver. Sobre el polvo de la carretera había huellas de neumáticos. Una de las rodadas pasaba justamente por encima de la cabeza del cadáver y continuaba más allá, hasta perderse de vista fuera del radio de luz de la linterna.

Y aquella rodada resultaba un poco extraña. Se agachó de nuevo y la examinó con cuidado.

Sí, era bastante extraña. Más ancha que las otras tres. Eso era perfectamente visible para él. Más ancha y más borrosa.

Buck se apartó del cuerpo y siguió las rodadas más arriba del cadáver. Un poco más allá, el viento habíase llevado el polvo y las rodadas resultaban menos visibles, hasta perderse poco a poco.

Volvió a su coche y se metió en él. Lo puso en marcha y, antes de arrancar, con las manos en el volante y en la palanca de cambio, reflexionó.

Hacía menos de media hora que había abandonado Custer. El próximo pueblo, Hermosa, se hallaba por lo menos a tres cuartos de hora de viaje. Tenía que volver, pues, al más cercano.

Recordaba que un poco antes, había un ensanchamiento de la carretera, un lugar en el que debían cargar camiones madereros, a juzgar por unos cuantos troncos tendidos a los lados de la carretera. Allí podría dar la vuelta.

Despacio, poniendo la mitad de su atención en conducir de espaldas y cuesta abajo, retrocedió. La otra mitad de su atención se hallaba fija en el cadáver y en las circunstancias en que había llegado a serlo.

Llegó al lugar en que la vía se ensanchaba y dio la vuelta. Luego, a la máxima velocidad que permitía aquella carretera de montaña, rodó hacia Custer, en Dakota del Sur.

Llegó a él antes de las doce. Las calles estaban casi vacías. Solo ante un bar llamado «Paul's», había un grupo de hombres, charlando en voz baja.

Detuvo el coche ante ellos.

— ¿Dónde está la comisaría? —preguntó.

Los hombres se volvieron hacia él. Todos ellos eran jóvenes y estaban en mangas de camisa.

—Un poco más allá, en la segunda bocacalle. ¿Le ocurre algo? —

preguntó uno de ellos.

—Nada importante. Gracias, amigos.

Llegó a la travesía. Esta era ancha, con casas de una sola planta y jardín delante. Casas casi todas iguales y que solo se diferenciaban apenas por los colores en que estaban pintadas.

Y en medio de la calle, un edificio de dos pisos. La comisaría.

Detuvo el coche ante ella. Un agente, en mangas de camisa y tocado con un sombrero ancho, salió a la puerta y agitó la mano.

—No puede parar aquí, amigo, ¿es que está ciego?

—No —respondió Buck apeándose—. Oficial, quiero ver al jefe.

— ¿Se encuentra mal?

—No. Yo no.

—Pues entonces, aparque algo más lejos. Allá. Si no sabe leer...

—Sé leer y no me encuentro mal. Pero quiero denunciar un crimen.

— ¿Un crimen? Oiga, si ha tomado unas copas de más y quiere guasearse, yo le enseñaré a...

—Venga y huélame el aliento.

El policía bajó los dos escalones y se acercó a él.

—A ver, échemelo.

Buck lo hizo. El agente olfateó.

—No parece que haya tomado.

—No lo hice, le repito. ¿Puedo ver al jefe?

—El teniente está dentro.

—Voy a pasar a verlo.

El policía se encogió de hombros.

—Bueno, hágalo. Pero le advierto que al teniente le duelen las muelas y cuando le duelen... no está en las mejores condiciones para apreciar una broma.

Buck pasó. Una sala dividida en dos por una barandilla de madera y detrás de esta un hombre de paisano, con un puño en la cara.

— ¿Hummm? —preguntó el hombre clavándole dos pupilas azules.

— ¿Teniente?

—Hum.

—Quiero denunciar un crimen.

El teniente apartó el puño de la cara.

— ¿Qué dice?

—Un crimen.

— ¿Dónde? ¡Bill!

El policía de la puerta apareció.

— ¿Teniente?

— ¿Qué le pasa a este tipo? ¿Borracho?

—Al parecer, no, teniente. Bueno, si quiere olerle el aliento...

Buck dio un ligero golpe sobre la barandilla de madera que lo separaba

del teniente.

—Le he dicho que no estoy borracho. Tenga.

Metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y sacó algo. Lo tiró sobre la mesa ante la que se sentaba el teniente.

—Lea.

El teniente lo hizo. Luego levantó las pupilas de nuevo.

—Bueno... Dispense, agente...

—Ronald.

—Dispense. Pero es que cuando me duelen las muelas...

—Lo sé. Bien, ahora ya lo sabe usted también. Mi nombre es Buckhardt Ronald y soy agente del FBI. Y quiero decirle que a veinte millas de aquí, en la carretera de Hermosa, hay un hombre tendido en el suelo. Muerto.

—Bueno, usted dijo asesinato. ¿Qué hay...?

—Déjeme acabar, ¿quiere? Tiene una herida en la espalda, no sé si de bala o de otra arma cualquiera. Y además, una de las ruedas de un coche le ha pasado por encima.

—Bueno, eso es algo.

El teniente se puso en pie.

—Voy a avisar al *sheriff*. ¿Ha dicho a veinte millas?

—Poco más o menos.

—Eso es cosa del *sheriff*, entonces.

Cogió el teléfono.

—Póngame con el *sheriff*, Mery.

Esperó un momento.

—¿Charly? Creo que tengo algo para ti. Hay aquí un agente federal que dice que a veinte millas en la carretera de Hermosa hay un fiambre. Al parecer lo despenaron y le hicieron pasar la rueda de un coche por encima. ¿Sí? Bueno, es tuyo, ¿no? Pues entonces... Bien, te esperamos.

Colgó.

—Ya viene Charly... Bueno el *sheriff* Cargol. Estará aquí en un momento. Oiga, agente, ¿no querría tomar algo? ¿Una taza de café?

—Bueno.

El teniente desapareció en el interior. Volvió con una cafetera humeante.

—Diablos, este dolor de muelas... ¿A usted no le duelen?

—Una vez me dolieron. Escuche, teniente, ¿hay mucho tráfico en esa carretera secundaria?

—Poco, desde luego. Muy poco. Durante el día los camiones madereros. Luego a la noche, alguno que llega de Hermosa o va para allá. Poco, le digo.

Hizo una pausa. Frunció el ceño.

—¿Cómo era el muerto?

Buck lo miró.

—Lo veremos dentro de un rato. Mientras, tomaré el café.

—Como quiera, agente... míster Ronald.

El *sheriff* llegó. Era alto, grueso y jovial. Llevaba botas altas, como si acabase de abandonar un caballo, y camisa inmaculada de color gris claro, con diversos emblemas y la estrella de pura plata.

— ¿Sí?

Su voz era retumbante, profunda, una voz de bajo que debía impresionar a los vagabundos.

—Mi nombre es Ronald y soy agente del FBI.

— ¡Hombre!

Alargó la mano y estrechó la de Ronald entre sus enormes dedos.

—Encantado, agente. Encantado. Una vez colaboré con el FBI. Buenos chicos. Buenos. Y dice que...

—Hay un muerto en la carretera. ¿Vamos?

—Pues claro que sí. Eh, Mat, ¿vienes?

El teniente afirmó con la cabeza.

—Bien, como no hay nada por aquí... Ni un maldito borracho. Voy con ustedes. Quizá eso me haga olvidar el maldito dolor.

—Pues vamos...

Parecía como si acabase de convencer a un par de amigos para un picnic.

Salieron.

—Este es mi coche —dijo el *sheriff*—. Radio, teléfono... Aquí no somos tan paletos como algunos creen.

Ronald sonrió. Luego subió al coche. Lo conducía un comisario vestido como su jefe, aunque sin botas altas. Otro coche, haciendo girar la luz roja sobre el capó, se unió a ellos en cuanto emprendieron la marcha.

El *sheriff* se volvió a Ronald.

— ¿Qué me cuenta, amigo? ¿Cómo descubrió el fiambre?

—Por casualidad. He pasado por aquí hace un rato. Iba camino de Rapid cuando lo descubrí. Tendido en medio de la carretera.

— ¿Y dice que le pasaron por encima?

—De la cara. Y estaba bastante deteriorado.

—Esos locos de la carretera... malditos borrachos.

—Antes lo balearon.

—Qué me dice...

Ronald encendió un cigarrillo, después de ofrecer a sus acompañantes.

—Vamos a dejarlo hasta que lo veamos.

—De acuerdo. Oiga, agente... míster Ronald, ¿pertenece usted a la Delegación de South Dakota?

—Estoy en vacaciones.

—Ah, estupendo. Bueno, quiero decir que me alegro por usted. Ustedes trabajan mucho y todo eso...

El coche estaba subiendo la carretera a una velocidad bastante mayor que la que llevara Buck. Pasaron el lugar en que se cargaban los troncos y dieron vista a la curva.

—Después de esta vuelta —dijo Buck un poco tenso.

El coche tomó el giro y...

—Aquí...

Buck se cortó en seco.

—Estaba...

En la carretera no había nadie.

Nadie tendido en ella.

—Creo que... Bueno, quizá un poco más allá...

—Ahora viene una recta —advirtió el comisario conductor. Había frenado hasta casi parar el vehículo cuando Buck le advirtió que estaban llegando.

—Pues... estaba aquí. Pare.

El coche se detuvo. Asomado a la ventanilla, Buck contempló el paisaje.

—Era aquí, no en otro sitio.

—Pues no hay nada —dijo el *sheriff*.

Buck se volvió hacia él. A tiempo de ver cómo los dos policías, el *sheriff* y el teniente, cambiaban una mirada.

—Era aquí, les digo. Estaba tendido ahí delante... ¿Dice que no hay otra curva cerca?

—Casi a un cuarto de milla.

El *sheriff* se inclinó hacia el conductor.

—Bueno, quizá el señor Ronald se haya equivocado y fuera en la próxima curva, Sammy. Sígue.

—No —dijo Buck con los labios apretados—. Era aquí. Esperen. No apague los faros, comisario.

Se bajó. Después de un momento de vacilación, el teniente y el *sheriff* lo siguieron.

A la luz de los cuatro faros, ya que el coche que los seguía se había colocado a su lado, Buck lanzó una mirada al suelo.

Nada.

Se irguió.

—La carretera estaba llena de polvo y se marcaban bien las huellas de los neumáticos —dijo en voz alta. Innecesariamente alta, pero estaba tratando de convencerse a sí mismo.

—Bueno, pues... aquí no parece...

No era que la carretera estuviera limpia completamente de polvo. Lo había, aunque en menor cantidad de la que Buck recordaba. Se preguntó si habría estado soñando, pero solo durante un segundo. Sabía que no había soñado. Al menos, jamás le había ocurrido soñar nada remotamente parecido a aquello.

No. No había soñado. Pero...

Pero allí no había nadie.

Levantó la mirada. Sus ojos se encontraron con los del *sheriff* y los del teniente.

Los miró alternativamente.

—Estaba aquí —dijo—. Un hombre en mangas de camisa, con un pantalón castaño claro. Uno de los neumáticos le había pasado por encima de la cara. Tenía un ojo reventado y la boca aplastada.

—Sí, claro —dijo el *sheriff* conciliadoramente—. Bueno, ¿usted conocía esta carretera antes?

—No. Jamás había estado aquí.

—En ese caso, ¿no podría ser un poco más allá, en la próxima curva?

—No...

Dándose cuenta de que no lo creían dijo:

—Bueno, podemos probar, pero estoy seguro de que era aquí, no más adelante.

—Sigamos, Sammy —dijo el *sheriff*.

Buck estaba mirando la carretera. Ni huellas de neumáticos, ni nada por el estilo.

—Vayan despacio —dijo—. Quiero mirar la carretera. Había...

Los coches emprendieron la marcha lentamente. Pero el viento parecía haberse llevado el polvo. Buck lo sentía murmurar entre los árboles.

¿El viento? También había un poco de viento cuando él llegó anteriormente, y, sin embargo, había visto las rodadas perfectamente marcadas.

Disimuladamente, se tomó el pulso en la mano izquierda. Normal. No, no debía intentar engañarse a sí mismo. Lo había visto.

El muerto, su cara medio deshecha y las rodadas que se perdían un poco más allá.

Todo ello lo había vivido.

Los coches avanzaron durante unos minutos, lenta muy lentamente. Por fin, la próxima curva, a la izquierda... una curva suave...

—No —dijo Buck resueltamente—. Volvamos atrás. Por aquí no he pasado. No vi ese claro entre los árboles. Simplemente, no lo vi. Volvamos.

El *sheriff* dijo:

—Míster Ronald, estoy seguro de que... Bueno, ¿seguro que lo vio? ¿Nunca tuvo alucinaciones...?

Al ver el gesto de Buck, agregó precipitadamente:

—Quiero decir, si usted había conducido durante muchas horas, tal vez...

—El conducir durante muchas horas jamás me hizo ver esas cosas —respondió Buck duramente.

—Quiero decir... Bueno, que me crucifiquen.

Se volvió al teniente.

— ¿Qué piensas de esto, Mat?

—Yo no pienso: me duelen las ruedas. Es cosa tuya, Charly.

—Ya, ya lo sé, pero...

Buck aspiró el aire y lo volvió a soltar con una especie de silbido.

—Escuchen: sé lo que están pensando. Pues bien. Vi a ese hombre tendido en la carretera y vi las huellas de los neumáticos que le pasaban por encima de la cabeza y continuaban más allá. Ignoro lo que habrá sucedido, pero... les aseguro que no estoy loco, y que no padezco de alucinaciones. Y que cuando me canso de conducir, paro el coche y descanso durante unos minutos hasta que me repongo. Y que ese no era el caso, porque estoy de vacaciones y había conducido normalmente... y más bien despacio. No he hecho más que ciento cincuenta millas en el día.

—Oiga, míster Ronald, yo no he querido decir...

—Lo sé. Pues eso es todo.

Habían llegado de nuevo al lugar, después de dar la vuelta precariamente en la carretera.

—Bajemos —dijo el *sheriff*—. Tal vez encontremos algo.

No lo encontraron. Después de examinar la carretera durante casi cinco minutos, el *sheriff* se irguió.

—Bien, míster Ronald, al parecer... no hay nada. ¿Qué diablos puede haber sucedido?

—Que me registren —respondió el teniente malhumoradamente.

Buck permaneció en silencio.

—Haremos una cosa —dijo el *sheriff*—. Veamos. Volveremos al pueblo y mientras el coche que nos sigue recorrerá la carretera lentamente para ver si encuentra algo. ¿Le parece bien, míster Ronald?

Buck asintió con la cabeza.

Sencillamente, no podía haber sucedido, y sin embargo... había sucedido. Aquel cuerpo tendido en medio de la carretera... aquellas rodadas... aquel rostro desfigurado...

¿Por qué diablos no siguió su primer impulso, que había sido coger el cuerpo, cargarlo en su coche y llevarlo al pueblo? ¿Por qué?

— ¿Se aseguró de que estaba muerto, míster Ronald?

Buck se sobresaltó.

—Sí, claro que sí. Lo estaba.

— ¿Y fue por eso por lo que no lo recogió y lo llevó al pueblo?

—Exacto.

—Lástima. Y ¿no lo registró?

—No. Pensé dejarlo para ustedes.

Buck se sublevó.

— ¡Les digo...!

—Pero si está bien, míster Ronald, está bien. Solo que si lo hubiese

hecho usted, pues ahora tendríamos entre las manos un hermoso fiambre en lugar de...

Abrió los brazos interrogativamente.

—En lugar de nada. Eso es.

—Bueno, pues no quise levantar el cuerpo. Ustedes son la autoridad aquí. Pensé que les correspondía a ustedes.

—Y así es, míster Ronald. Yo solo quise decir que... así no habría habido problema.

Buck calló.

En la comisaría, el *sheriff* dijo:

—Mat, ¿qué te parece si telegrafiamos a Rapid? Tal vez allí sepan algo.

—Espere un momento —dijo Buck.

—¿Sí, míster Ronald?

—Déjenlo.

—¿Qué diablos quiere usted decir?

—Eso, que lo dejen. Voy a continuar mi viaje.

—Pero...

—Eso es lo que voy a hacer. Continuar.

Su boca estaba apretada fuertemente. Había visto la mirada que ambos hombres habían cambiado. Una mirada en la que podía leer perfectamente la incredulidad.

—Bueno, como quiera, pero... ¿y la denuncia?

—No hay denuncia.

—Pero...

—No la hay.

—Eso es algo un poco irregular, ¿no le parece?

—Bueno, quizá. Pero... no hay denuncia. No hay cadáver, no hay denuncia.

El de la estrella se puso serio.

—Este... míster Ronald, ¿me permite que vea sus credenciales?

—Sí.

Se las tendió. El *sheriff* las examinó detenidamente. Parecía estar grabándose los datos en la cabeza. Buck dijo:

—Anótelo.

—¿Cómo dice?

—Que lo anote. Anote mi nombre y todo lo demás. Buckhardt Ronald, agente de la Delegación de Baltimore, Maryland. Pueden telegrafiar allí. Les dirán que estoy de vacaciones.

—Yo no quise...

—Hágalo. Le ruego que lo haga.

—Pues... si usted lo toma así...

—Sí.

—Lo haremos. Mientras... Bueno, tomaremos una taza de café y una

copa, mientras tenemos noticias del coche.

Las tuvieron a la segunda taza de café. El otro coche regresó. No había encontrado nada en absoluto. El *sheriff* se encogió de hombros y lanzando una significativa mirada al teniente de policía, que continuaba quejándose de su boca, dijo que telegrafiaría a Baltimore, pero que no era necesario, a su parecer, ya que las credenciales de míster Ronald estaban completamente O.K.

Y Buck se despidió de ambos, lamentando el tiempo que les había hecho perder de dormir. Y que pasaría el resto de la noche en el pueblo.

El de la estrella dijo que debía alojarse en el hotel «Wild Cat». Era el mejor.

Y Buck dijo que bueno, que se quedaría en el «Wild Cat».

CAPÍTULO II

Pidió en el hotel que lo despertasen a las seis. A las seis y media conducía su «Plymouth», y a buena velocidad, por la carretera de Hermosa. Al pasar por el lugar donde la noche anterior había visto el cuerpo, detuvo la marcha y volvió a lanzar una ojeada.

Nada. Examinó los alrededores. Los árboles formaban un denso telón. Cuando volvía a subir al auto, vio venir un coche en dirección contraria.

Se trataba del coche ayudante del *sheriff*. El conductor y el hombre que iba junto a él, le saludaron con la mano y frenaron.

— ¿Buscando su fiambre, Tío Sam? —preguntó uno de ellos.

—No. Al parecer lo soñé.

—Eso ocurre a menudo cuando se está cansado.

— ¿Le ocurrió a usted alguna vez? —preguntó secamente Buck.

El otro se puso serio.

—No, nunca. Y para que lo sepa, el *sheriff* nos envió esta mañana para echar un vistazo a los alrededores. Nos hemos metido un poco en el bosque. No hemos encontrado nada. No crea que no colaboramos, aunque no sepamos en qué.

— ¿Nada?

—Nada importante.

— ¿Qué quiere decir?

—Bueno, eso, que no había nada importante.

Como al parecer no estaba dispuesto a añadir nada más, Buck subió al coche. Hizo una seña con la mano y continuó.

Llegó a Hermosa a las siete menos cinco. Hermosa es una ciudad de más de diez mil habitantes, pero había poca gente por las calles todavía. Era demasiado temprano.

Buck paró el coche junto a la estación de servicio.

—Llénelo —dijo al encargado. Y mientras el hombre colocaba el tubo de la bomba en la boca del depósito, añadió casualmente, jugueteando con un billete de cinco—: Me gustaría saber si han llegado ya mis amigos.

El hombre levantó la mirada.

— ¿Sí? ¿Qué aspecto tienen?

—Bueno, corriente. Les dije que con el poco aire que llevaba en una de las ruedas no deberían viajar, pero se empeñaron en hacerlo.

Vio en los ojos del hombre que estaba en la buena senda.

— ¿Poco aire? ¿Se refiere al «Chevrolet» verde?

—Sí, claro.

— ¿Poco aire? Amigo, llevaban la llanta en el suelo, casi. Poco más y hubieran tenido que cambiar el neumático.

—Así se lo dije. De modo que llegaron, ¿eh?

Pagó la gasolina y le dio los cinco dólares al hombre. Este lo agitó en el aire en señal de agradecimiento.

—Les puse aire.

—Pero el caso es que debieron esperarme. Habíamos quedado en eso.

—Después de ponerles aire y llenarles el depósito, estuvieron tomando café, allí enfrente. Tal vez hayan dejado algún recado para usted.

—Tal vez. Iban los tres, ¿no?

— ¿Los tres? No, los cinco. Por cierto, uno de ellos iba enfermo.

La mano que Buck había colocado sobre la manija de la portezuela estaba blanca.

— ¿Enfermo? Estaban todos bien cuando los vi en Custer por última vez.

—Bueno, tal vez no estuviese enfermo, sino... durmiendo.

—Sí, tal vez.

Subió al coche.

—Hasta la vista. Este... ¿los vio proseguir camino?

—No me fijé. La última vez tenían el coche parado en el aparcadero, mientras tomaban café ahí enfrente. No me fijé.

—Bueno, pero hará poco tiempo, ¿no?

El empleado sonrió.

—Depende de lo que llame usted poco. Eran las dos de la mañana. Tanto el bar como yo tenemos abierto toda la noche.

Las dos de la mañana. ¿Dónde había tenido la cabeza? Naturalmente, no se habían esperado en la carretera, sino que habían continuado el viaje inmediatamente después. ¿Inmediatamente? No, un poco más tarde.

Todo concordaba.

Cruzó la plaza, bordeada de álamos, y paró ante el bar. Una camarera se le acercó para tomarle el pedido.

—No, gracias, lo tomaré dentro.

Pasó y se sentó ante el mostrador.

—Café, huevos y tocino —dijo.

—Al momento.

El hombre de la plancha comenzó a cascar los huevos.

Buck encendió un cigarrillo.

—Ya me han dicho en la estación de servicio que mis amigos estuvieron tomando café aquí esta noche. ¿Los sirvió usted?

—Estoy aquí desde las doce hasta dentro de una hora. Serví varios cafés.

—Los de un «Chevvy» verde.

—Ah, esos, sí. Tomaron café y pidieron whisky. Parecieron molestarse

cuando les dije que esto era Dakota del Sur, y que aquí no se sirven bebidas alcohólicas después de las doce.

—Se les habría olvidado.

—Bueno, pues a mí no se me olvida. Les serví el café.

— ¿Se había puesto bien el enfermo?

—No vi ningún enfermo.

La camarera se había acercado con la bandeja, para tomar un pedido que acababan de hacerle. Al parecer había oído las últimas palabras.

—Sí que lo había, Bunny. Estuvo todo el tiempo en el coche.

Buck se volvió a ella.

—Eso quiere decir que continuaba mareado.

—Me llamó la atención. Apenas se movía.

— ¿Apenas?

—Bueno, yo no lo vi moverse.

—Gracias. Se marcharon, ¿no?

—Claro.

— ¿No dejaron ningún recado para mí? Ronald es mi nombre.

—No a mí —respondió Bunny poniendo ante él los huevos, el café y el tocino.

—Ni a mí —agregó la chica.

—Bueno, gracias de todas formas. ¿Vieron hacia dónde se dirigían?

—No. Se metieron en la ciudad, pero no sabemos hacia dónde.

Buck acabó los huevos, bebió otra taza de café y subió al coche.

A la salida de Hermosa, cuando ya acababan las casas, había una especie de sombrero, compuesto por varias tiendas de piel. En ellas había mantas tendidas en el suelo, con objetos de fabricación india. Mantas, estereras, tallas en madera y en cuerno... Varias indias charlaban y fumaban esperando a los posibles turistas.

Buck se apeó y se dirigió hacia ellas. Llevaba en la mano otro billete de cinco dólares.

—Un «Chevrolet» verde. Pasaría por aquí hacia las tres —dijo—. Iban cinco hombres en él.

Una de las indias lo miraba impasible.

— ¿Me compra esta talla? Diez dólares.

Le mostraba un trozo de madera tallado en forma de *squaw* con su crío a cuestas.

—Se lo compro.

—Pasaron por aquí.

— ¿Cuántos hombres iban en él?

La india abrió la mano mostrando los cinco dedos.

—Sí —dijo Buck—. Ellos eran. ¿Se detuvieron aquí?

—Un momento.

— ¿Por qué?

La india seguía impasible.

—Yo me puse en medio de la carretera para que me comprasen algo.

— ¿Vio a los cinco hombres? ¿Cómo eran?

Ella se encogió de hombros.

—El que conducía empezó a maldecir y a decirme que me apartase. Tenía los dientes de oro.

— ¿Todos los dientes?

—No, algunos.

Buck le alargó los diez dólares.

—Le compro esta manta también si me dice si vio algo más.

—Sí. Uno de ellos estaba caído hacia delante.

— ¿Enfermo?

La india volvió a encogerse de hombros.

— ¿Muerto?

Ella le lanzó una rápida mirada.

—Lo ha dicho usted, no yo.

— ¿Algo más?

—No.

Pagó otros quince dólares por la manta, seguro de que le robaban cinco, ya que lo más probable era que no la hubiese fabricado ella, como decía en el cartel que había ante el tendido y volvió a subir al coche.

Cuando llegó a Rapid, hermosa ciudad a pocas millas del río Cheyenne, eran las ocho menos cuarto. Había casitas de campo en las cercanías de la carretera, pero no paró hasta llegar al restaurante junto al motel.

El camarero afirmó con la cabeza.

—Sí, pasaron por aquí hacia las cuatro. Tenemos abierto toda la noche. Estuvieron tomando café y comieron huevos y carne.

— ¿Los cinco? ¿Se había puesto bien mi amigo?

— ¿Su amigo? ¿Bien? ¿Qué quiere usted decir?

—Uno de ellos iba enfermo.

—Solo vi a cuatro. Bueno, no iban más que cuatro.

— ¿Solo cuatro? ¿Seguro?

—Seguro. No soy ciego. Tuve el coche todo el tiempo ante mi vista. Solo iban cuatro.

Buck calculó el tiempo rápidamente. Dos horas desde Hermosa a Rapid... Demasiado tiempo. ¿Se habrían deshecho del cadáver en algún punto de la ruta? ¿Era eso lo que les había retrasado?

—Gracias. ¿Continuaron el viaje?

—Ah, eso ya no lo sé. Pero quizá no. Me preguntaron si había algún hotel en la ciudad que estuviese abierto durante la noche.

— ¿Un hotel? ¿No quisieron hospedarse en el motel?

—No hablaron de ello. Les dije que el «Dinosaur» admite viajeros toda la noche.

—Gracias. ¿Dónde está en «Dinosaur»?

—En Wellington. Muy cerca de aquí. Junto a la plaza que hay después del primer semáforo.

—Gracias.

Subió al coche. Su pulso continuaba siendo normal, pero tenía los labios apretados. Se estaba aproximando. Y cada vez más convencido de que en alguna parte del camino entre Hermosa y Rapid aquellos tipos se habían deshecho del cadáver. Lugares a propósito había muchos.

Pensó que debía avisar al *sheriff* Cargol, para que patrullasen la carretera, pero eso podía esperar. Antes tenía que ver si se habían hospedado en el «Dinosaur».

Llegó al hotel. Pese a lo temprano de la hora, había ya varias personas, casi todas turistas de agencias de viajes, que se disponían a emprender la obligada visita al Parque y a las cavernas de que está llena toda la región.

El empleado movió la cabeza.

—El recepcionista de noche se fue ya a su casa, míster.

—Bueno, pero ustedes sabrán por el registro si cuatro hombres se han inscrito esta noche.

—Esa es una clase de información que no podemos dar, señor.

Buck dudó. No quería sacar su placa. Recurrió al viejo truco de doblar un billete entre los dedos.

El empleado movió la cabeza.

—No se han alojado en el hotel.

—¿Seguro?

—Seguro. No cuatro hombres y a las cuatro y media de la mañana.

—¿Han podido ir a algún otro sitio?

—Lo ignoro, hay algunos otros abiertos toda la noche, pero de poca importancia. Más bien pensiones.

—¿Puede darme los nombres?

Un hombre se había acercado a ellos. Hasta Buck llegó el olor del cigarrillo que estaba fumando.

—Pues, sí.

Se apoderó del billete y luego escribió en un trozo de papel tres direcciones.

—Gracias —dijo Buck.

Se volvió y estuvo a punto de tropezar con el hombre del cigarrillo.

—Dispense.

—No hay de qué.

Le echó una distraída mirada y luego salió. Subió al coche y rodó hacia la primera de las direcciones. Estaba en una callecita pequeña y estrecha. Nada, allí no se habían alojado.

La segunda dirección era en el barrio negro. El empleado movió la cabeza.

Y la tercera era poco más que un tugurio. Pero...

— ¿Cuatro individuos? Es posible.

Nuevo billete enrollado.

—Sí, creo que sí.

— ¿Puedo ver el registro?

El hombre masticó alguna cosa.

—Pues...

— ¿No lo llevan?

—Claro que sí, pero era tan tarde, que el vigilante pensó que podían esperar hasta la mañana. Como pagaron por adelantado...

—Así que no se inscribieron anoche. Pero esta mañana...

—Pues ese es el caso, precisamente. Se largaron sin dejar su firma.

— ¿Puede describírmelos?

—Yo no los vi. Ya le digo que fue el vigilante nocturno quien los atendió.

— ¿Puede enseñarme la habitación que ocuparon?

—Bueno, pero...

Otro billete. Buck pensó tensamente que se estaba dejando en propinas gran parte del dinero que pensaba gastar en sus vacaciones.

Subió, guiado por un hombrecillo jorobado, de evidente raza india. Los individuos habían ocupado tres habitaciones. Una de ellas con dos camas. Las habitaciones estaban sin hacer. Buck revisó rápidamente las tres. Al parecer no se habían dejado nada, pero... aquello debía estar lleno de huellas dactilares.

—No toque nada —advirtió al jorobado.

— ¿Por qué?

—No lo haga. Ya le explicaré por qué.

Bajó.

—Escuche —dijo al encargado—. No quiero que toquen ustedes las habitaciones que han ocupado esos hombres.

—Oiga, ¿por qué...?

—No lo hagan. No, hasta que llegue la policía.

—Pero... Oiga, usted... ¿es usted de la policía?

Buck dudó un solo instante.

—Sí.

—Bueno, ¿y qué ha ocurrido para que...?

—Escuche, ¿tiene teléfono?

—Aquí no. Oiga, nosotros tenemos todos nuestros asuntos en regla. La policía no ha tenido nunca...

—He dicho que no lo toque. ¿Dónde hay un teléfono?

—Ahí enfrente, un poco más abajo. En el bar.

—No toque nada hasta que yo vuelva.

Se dirigió a la salida. Haba alguien en la puerta, como si fuera a entrar.

Tropezó con un cuerpo grande.

—Dispense.

Levantó la mirada. El hombre era bastante más alto que él. Quizá siete pulgadas. Llevaba una gabardina en el brazo. Y esa gabardina tocaba el costado de Buck. Y era el mismo al que viera en el «Dinosaur».

—Amigo —dijo el hombre en voz baja—. Hay una pistola debajo de la gabardina. Un solo grito, una sola palabra, y le meto dos razones de plomo en la tripa. Un solo grito...

Buck comprendió que era cierto. Algo duro se incrustaba en su costado. Y vio otra cosa.

Un «Chevrolet» verde oscuro estaba parado un poco más abajo de la puerta del hotel.

—Camine hacia el coche.

Buck frunció las cejas y entornó los ojos. Si daba un paso atrás... No, si lo que el otro llevaba era una pistola, le dispararía. Él había visto la cara destrozada del hombre de la carretera. Quizá en la calle...

Salió y dio dos pasos en la acera. Y siempre, presionando contra su costado, aquella punta dura.

—Al coche.

La portezuela se había abierto. Buck comprendió que tenía que obrar ahora o no tendría tiempo de hacerlo.

Dio un paso atrás y levantó el brazo para dejarlo caer...

Otro hombre, al cual no había visto y que debía estar pegado a la pared del hotelucho, lo empujó por la espalda. Dando traspiés, Buck se acercó a la portezuela abierta. Al mismo tiempo, un brazo salió por ella y lo aferró por la chaqueta.

Todo había ocurrido en el espacio de pocos segundos.

Cayó en el piso del coche, mientras los dos hombres entraban, a su vez, y el automóvil se ponía en marcha.

Para cualquiera que hubiera estado observando la escena varios amigos habían entrado en el coche y uno de ellos había tropezado al hacerlo.

Y Buck se encontró mirando a una cara de recias mandíbulas y gruesos labios, entre los cuales se veían varios dientes de oro.

—Bueno, bueno —dijo el hombre—. ¿A quién tenemos aquí? Mi amigo, ¿nos buscaba?

Dos manos lo sujetaron firmemente. Luego, otra se le metió por entre la chaqueta y la camisa.

—Y lleva un quitapenas... Vaya, vaya.

Cogió la «Magnum» y la sopesó.

El coche seguía corriendo por entre las calles. Pero Buck no podía ver el camino que seguían.

—Mirad a ver si lleva algo más.

La misma mano que le había quitado la pistola sacó la placa y las

credenciales de Buck.

—Vaya, vaya...

Había en su voz una nueva entonación. Buck percibió en ella algo de... ¿temor quizá? Muchos criminales lo han sentido al enfrentarse a un agente del FBI, aunque este se encuentre desamado y tirado en el suelo.

El hombre de los dientes de oro se guardó ambas cosas.

—Bueno, así que era usted el que estuvo anoche en la carretera, ¿eh?

—Levántenme las patas de encima —ordenó Buck.

— ¿Sí? Bueno. ¿Y por qué?

—Háganlo. De lo contrario les va a caer encima todo el peso del...

El hombre de los dientes de oro se agachó y le dio un fuerte golpe en la boca.

—Habla usted demasiado, amigo.

Buck sintió el salado sabor de la sangre en los labios.

—Bueno, la está usted liando, amigo. Acaba de pegar a un agente del FBI. Cuando los coja la policía...

—La policía no nos va a coger, bastardo. Por lo menos, no usted.

—No haga el tonto. Vamos, déjenme levantarme, o...

Otro golpe. Y más fuerte que el anterior.

— ¿Te callarás, maldito bastardo?

Buck sintió tal dolor que estuvo a punto de perder el conocimiento.

Comprendió que valía más que cerrara la boca. Sería mejor esperar a saber lo que iban a hacer con él.

Pero mientras tanto, algo podía hacer.

Mirar las caras de todos ellos para grabárselas en la memoria.

Eran cuatro. El hombretón de los dientes de oro y mandíbulas enormes.

El que lo había seguido desde el «Dinosaur», una especie de gigante y casi tan alto como ancho.

El que conducía en ese momento. Un tipo de pequeña estatura, con mucho pelo negro.

Y el que lo sujetaba poniéndole los pies en el estómago, un tipo alto, delgado, con el pelo gris.

Sí, a todos.

No vio la mirada que cambiaban el hombre de los dientes de oro y el gigante.

Ni vio cuándo la pistola salió debajo de la gabardina y lo apuntó con la boca del silenciador.

No lo vio.

CAPÍTULO III

—Malas noticias, Ronald.

El agente especial Rodney Ronald se quedó mirando a su superior.

—¿Malas noticias, señor?

Estaban ambos en la Delegación de Los Ángeles, en el despacho del agente principal. Este asintió.

—Su hermano Buck estaba en viaje de vacaciones por el Oeste medio.

—Sí, señor. Me escribió cuando salía de Baltimore.

—Pues bien... Ronald, lo siento. Y es usted la primera persona que lo sabe aquí, excepto yo, naturalmente.

—Espere un momento, señor. ¿Quiere decir que le ha ocurrido algo a Buck?

—Sí, Ronald.

El agente especial no parpadeó.

—Dígamelo, señor.

—Ha... muerto.

Solamente la blancura que apareció en las comisuras de los labios, y que indicaba la fuerza con que Rodney estaba apretando sus mandíbulas, delató la impresión que le había causado la noticia.

—Algún... ¿algún accidente, señor?

—No, Ronald. Asesinato.

—Pero... no estaba de servicio, señor.

—No, y eso es lo extraño, Ronald. Escuche lo que nos comunican de la Delegación de Dakota del Sur. En una pequeña ciudad de ese Estado, en Custer, su hermano denunció que había encontrado un cadáver en una carretera. Cuando el *sheriff* lo acompañó, no lograron encontrar dicho cadáver. Su hermano, Ronald, se comportó, según dice el informe, de una manera un poco rara y el *sheriff* telegrafió a Baltimore para verificar su identidad. Buck había continuado viaje. Cuando el *sheriff* recibió la confirmación de la personalidad de su hermano, el *sheriff* trató de localizarlo. Encontró su pista en los pueblos de Hermosa y en Rapid City. Había estado preguntando en todos esos sitios por unos hombres que viajaban en un coche.

Hizo una pausa. Rodney lo escuchaba con atención. Los ojos muy fijos en los de su superior, las manos unidas fuertemente, la mandíbula tensa.

—Y aquí viene lo más espantoso del caso. El cadáver de su hermano, muerto a tiros, apareció en los alrededores de Rapid. En este informe llegado desde Washington tiene usted todo lo que se sabe sobre el

asesinato. Ronald...

Se puso en pie y dio la vuelta a la mesa. Puso una mano sobre el hombro de su subordinado.

—Muchacho, si en algo le puedo ayudar... Lo siento mucho.

—Gracias, señor.

—Naturalmente, tiene usted un permiso de diez días para ir a hacerse cargo del cadáver de su hermano y para... distraerse un poco.

—No, señor.

—¿Qué... qué quiere decir, Ronald?

—Quiero decir, señor, que deseo hacerme cargo del caso.

—Pero, Ronald...

—Lo deseo, señor. La muerte de mi hermano es un delito federal. Deseo que me encarguen de resolverlo.

—Pero, Ronald, ya sabe usted que...

—Lo deseo, señor. Si no es así, pediré la baja en el servicio.

—No lo deseo, Ronald. Usted lo sabe tan bien como yo. Pediré permiso ahora mismo a Washington y si lo conceden, por mi parte podrá usted ir a Dakota del Sur para investigarlo.

—Gracias, señor. Mientras tanto, voy a leer el informe.

Cuando salió del despacho de su jefe, comprendió que la noticia había corrido, pese a sus palabras. Varios de sus compañeros se acercaron a él, lo miraron a los ojos y le palmearon la espalda. Ninguno de ellos dijo nada, pero en los ojos de todos podía leer el deseo de ayudarlo. Las noticias corren rápidamente por los despachos del FBI y más si se refieren a la muerte de un agente. No pueden ser silenciadas.

Leyó el informe de cabo a rabo, fijando en su memoria todas y cada una de las frases que lo componían. Cuando acabó, una auxiliar femenina fue a avisarle de que el agente principal deseaba verlo.

Volvió al despacho de su jefe. Sus manos estaban ya firmes, pero alrededor de su boca había blancas líneas de tensión.

—¿Sí, señor?

—Permiso concedido, Ronald.

—Gracias, señor.

—Pero... no necesito recordarle las normas inflexibles del FBI. Ronald, los sentimientos personales no tienen cabida en el Servicio. Usted deberá tomar parte este caso como uno más, no como una venganza personal. Quiero que no olvide lo que le acabo de decir.

—Sí, señor.

—Es usted uno de mis mejores agentes especiales, Ronald. No quiero perderlo, bien porque le ocurra... algún accidente o porque tengamos que sancionarlo por no cumplir con nuestras normas.

—Lo sé, señor.

—Nada más Ronald, excepto que... la Delegación de Dakota del Sur ha

sido advertida ya de que irá usted allá. En Pierre le prestarán todo el apoyo que necesite.

—Gracias de nuevo, señor.

Estrechó la mano de su superior. Cinco minutos más tarde estaba telefoneando al aeropuerto para que le reservasen pasaje en el avión.

Y horas más tarde desembarcaba en Pierre, capital del Estado de Dakota del Sur.

El agente principal le apretó la mano.

—Lo siento, muchacho. Es decir, siento lo que le trae, pero me alegro de tenerlo aquí.

— ¿Han hecho ustedes algo, señor?

—Varias cosas. El *sheriff* Cargol, de Custer, siguió la pista de su hermano hasta Rapid, la ciudad más importante del condado. Allí la perdió. No volvieron a saber nada de su hermano hasta dos días más tarde, cuando apareció el cadáver. Al publicarse sus señas y su fotografía, Cargol lo reconoció y nos dio el aviso.

Hizo una pausa.

—Nosotros estamos trabajando en esa misma pista. ¿Va usted a ir a Rapid pronto?

—Ahora mismo, señor.

—Le dejaremos uno de los coches. Hay allí diez de los muchachos, y podemos enviar más, si son necesarios. Lo hemos tomado como cosa propia, Ronald, puedo asegurárselo.

—Lo sé, señor, no necesita decírmelo.

La cara de Ronald parecía ligeramente macilenta. El agente principal Desmond lo notó.

— ¿Está cansado, muchacho?

—No, señor. Estoy perfectamente, se lo aseguro.

—La última noticia que hay de su hermano procede de un hotel llamado «Dinosaur». Su hermano había averiguado para entonces que los asesinos o presuntos asesinos... aún no hay pruebas para asegurarlo, viajaban en un «Chevrolet» verde. Hay varios testigos que le proporcionaron esa pista. Un encargado de gasolinera y unos camareros en Hermosa. También en el restaurante de un motel cerca de Rapid.

—Lo he leído en el informe, señor. Si no hay nada nuevo...

—No lo hay, por el momento.

—Bien, voy para allá.

— ¿A Rapid?

—No, a Custer. Allí empezó todo. Quiero seguir la pista desde el principio.

—Me parece una buena idea, pero... nosotros tenemos que seguir investigando en Rapid.

De Pierre a Custer hay unas ciento cincuenta millas.

El coche que llevaba a Ronald y que conducía un agente llamado Addyson, las cubrió en menos de dos horas y media.

El *sheriff* Cargol los recibió en su despacho. Cuando supo la identidad de Ronald, le estrechó la mano.

—Ey, muchacho. Crea que lo siento mucho. Y permítame decirle que parte de la culpa la tengo yo. Si hubiera dado más crédito a su hermano...

—¿Qué fue lo que le hizo dudar de sus palabras?

—Ey, no había ni rastros de lo que decía haber visto en la carretera. Yo mismo lo comprobé con mis propios ojos. Su hermano decía que había visto a un tipo...

—Lo sé. Está en el informe.

—Sí. Pues bien, yo mismo comprobé que no estaba. Y mis hombres recorrieron la pista por la mañana, a primera hora, sin encontrar más que a su hermano. Supusimos fatiga de conductor... o bien... no se ofenda, pero nosotros no conocíamos bien a su hermano. Podía ser un enfermo... ¿Usted me comprende, muchacho?

—Sí. Y entonces pidieron noticias suyas a Baltimore.

—Sí. Allí nos dijeron que su hermano era un buen agente y que estaba de vacaciones. Eso me hizo reconsiderar mi postura.

—Siga.

—Decidí seguir a su hermano y volver a hablar con él. Cuando en Hermosa preguntamos en la estación de servicio, nos enteramos de que había estado preguntando por un coche y unos amigos y que allí le habían dado la pista de un «Chevrolet» verde. Que por cierto tenía un neumático casi en el suelo por falta de aire. En un restaurante, frente a la estación, lo mismo. Por ello seguimos hasta Rapid. Allí volvimos a encontrar la pista en un motel y en un hotel, el «Dinosaur». Y allí...

Abrió los brazos.

—Como si se hubiera desvanecido en el aire.

Miró a Rodney Ronald.

—Hasta que los muchachos de la policía de Rapid lo encontraron.

—Bien, *sheriff*, eso es todo. Gracias por todo.

—De nada. Y mis muchachos y yo estamos a su disposición, *G-Man*. Haremos todo lo que podamos.

—Gracias de nuevo.

—¿Quiere ver el lugar en que su hermano dijo haber encontrado...?

—Sí.

—Los acompaño.

Ascendieron por la carretera. El coche del *sheriff* iba delante. Por fin se detuvo y ellos lo imitaron.

—Aquí. Según su hermano, habría estado el cuerpo en este lugar. Pero, hemos dado algunas batidas y no hemos encontrado nada, salvo... Bueno, no creo que tenga importancia.

— ¿Qué era?

—Un pañuelo de mujer, allí, entre aquellos árboles. Lo encontraron mis muchachos a la mañana siguiente. Pero no iba en el coche verde ninguna mujer.

— ¿Seguro?

—Todos los testigos lo afirman. Cuatro hombres. Quizá sea de alguna chica que no tiene nada que ver con el caso, que estuviese allí por casualidad.

—Gracias. ¿Podría verlo?

—Lo he dado a sus compañeros cuando vinieron.

—Gracias de nuevo. Puede usted volver. Nosotros seguimos hasta Hermosa.

—Buena caza, amigo, y... lo siento, créalo. Ey, Sammy, a casa.

Hermosa.

El encargado de la gasolinera repitió su historia. Al parecer estaba muy excitado por la pequeña parte que le había tocado en el asunto.

—Y eso es todo —terminó.

— ¿Alguna señal especial en aquellos hombres?

—Pues... ya lo he dicho a los otros policías. No me fijé. Era muy tarde y yo estaba cansado. No me suelo fijar mucho. Me pidieron que les llenase la rueda y el depósito y se fueron a tomar café.

El café. El dueño y la camarera insistieron en sus versiones. Pero la chica, con un dedo puesto sobre los labios, parecía tratar de recordar algo.

—Era... Bueno, uno de los tipos era muy alto, muy grande.

— ¿Más que yo? —preguntó Ronald.

—Sí, más. Un tío enorme. Y grosero. Todo el tiempo estuvo mirándome las piernas.

— ¿Algún detalle más?

—No puedo recordar, aunque hay algo... ya lo dije a los otros policías. Pero no logro recordarlo. Escuche... ¿han preguntado a las indias?

Addyson, el agente del FBI que acompañaba a Ronald, un hombre alto, de pelo muy rubio y expresión taciturna, se puso alerta.

— ¿Qué indias? Ustedes no hablaron de ninguna india cuando los interrogamos nosotros.

—No, pero...

El dueño gruñó:

—No las metas en los a esas pobres mujeres.

—Pero si no quiero meterlas en líos...

— ¿Qué es ello? —preguntó Ronald—. Hable.

—Hay unas indias cheyenne que venden artículos de artesanía a la salida del pueblo. Una de ellas tiene la costumbre de parar a los coches, para ofrecerles sus mercancías. Algunos se molestan, pero otros compran.

— ¿Por qué no lo dijo usted antes? —preguntó el agente rubio.

—Yo... no lo pensé.

—Vamos, Addyson —dijo Ronald—. Veremos a las indias.

La india más vieja los miró con su expresión inescrutable. Escuchó lo que le preguntaba Ronald y luego alargó la mano para coger una figurilla de arcilla pintada.

—¿Diez dólares?

Addyson gruñó:

—Vamos, madre, hable. Somos policías. La podemos meter en la cárcel.

Ronald sacó diez dólares.

—Me quedó con eso. Hable, madre.

—El señor me preguntó por un coche. Yo lo vi. Y le dije lo de los dientes de oro.

Cuando la india acabó, ellos estaban ya en el coche, llamando por radio a Rapid. Y se dirigieron hacia allá.

—Por fin, algo —dijo Ronald.

—Esa maldita bruja debió hablar antes.

—¿Se refiere a la india o a la camarera?

Addyson apretó las mandíbulas. Conducía a toda velocidad.

—A las dos.

Dos agentes del FBI les esperaban en el hotel «Dinosaur». Era evidente que el encargado estaba nervioso.

—Pero si ya les he dicho todo lo que hubo —dijo malhumorado.

—Vuelva a lo mismo —ordenó Ronald.

Había sido presentado por Addyson a los agentes del FBI. Estos le manifestaron lo que sentían la muerte de su hermano y le dijeron que estaban a su disposición.

Ronald se dirigió al jefe de los agentes.

—¿Podría manejar a este tipo en privado? —preguntó.

—Desde luego, aunque ya lo hemos exprimido.

—Intentaré hacerle recordar. Este... Muchachos, tal vez tenga que apartarme ligeramente de las normas y no quiero que ustedes se vean metidos en problemas.

—Lo comprendo —dijo el jefe de los agentes.

—Yo me quedo con usted, Ronald —dijo Addyson—. No me importa si se pone en fuera de juego.

—Bueno, está bien. Muchachos, ustedes lo hacen espléndidamente, pero yo conocía a mi hermano. Creo que puedo ponerme en su lugar para tratar de averiguar lo que hizo.

—Lo comprendemos. Bien, los esperamos en la Jefatura de policía.

Addyson y él quedaron solos. Ronald se enfrentó al empleado.

—¿Era usted el mismo que habló con el agente muerto?

—Sí, yo mismo.

—¿Qué fue exactamente lo que le preguntó él?

—Pues... si se habían alojado esos hombres aquí. Le dije que no.

—¿Nada más?

—Nada más.

El hombre había lanzado una mirada hacia la puerta. Ronald lo vio.

—¿Seguro, muchacho?

—Seguro. Cuando yo se lo digo...

Ronald extrajo lentamente un cigarrillo de su paquete, ofreció otro a Addyson y los encendieron. Todo ello sin dejar de mirar al encargado del hotel.

—Addyson, está mintiendo.

—Oiga, yo...

—Está mintiendo. Buck no hubiera dejado las cosas así. Buck hubiera... hubiera preguntado en qué otros lugares podían haberse alojado a esas horas de la madrugada.

Alargó la mano y cogió al empleado por las solapas.

—¿Lo hizo o no lo hizo? Conteste o...

—Yo... bueno, no puedo recordar...

—¿Es usted el dueño?

—No, claro que no.

—Bueno, Addyson, me parece que este tipo va a venir con nosotros a la Jefatura. Está mintiendo, con cien diablos. Buck no hubiera dejado las cosas así.

Su cara estaba muy cerca de la del otro.

—¿Habla?

—¿Yo? Bueno, sí. Preguntó eso... Ahora recuerdo.

—¿Y qué dijo usted? Escuche. Nos será muy fácil saber qué lugares están abiertos en Rapid a esas horas y admiten viajeros. Nos vamos a enterar de todas formas, pero... usted estará en la cárcel. El asesinato de un agente federal no es cosa de broma.

—Yo... le di tres direcciones.

—Vamos, suéltelas.

El hombre lo hizo. Addyson tomaba rápidas notas.

Cuando acabó, Ronald dijo:

—¿Por qué no lo dijo antes?

—Porque... me olvidé...

—¡Embustero! Addyson, hay que llevárnoslo hasta que sepamos por qué ocultó eso. Debió tener una buena razón.

El hombre vacilaba, evidentemente aterrado.

—Esperen, por favor. Yo... recibí una carta diciéndome que si hablaba moriría.

—¿Dónde está esa carta?

—La quemé. Lo decía. Decía en ella que la quemase.

Ronald se le quedó mirando con un gesto de asco en su fina boca.

—Se lo advierto, va usted a tener que responder de varias cosas. Vamos, Addyson. Ya volveremos a hablar con él.

Salieron.

— ¿Conoce usted bien Rapid, Addyson?

—Algo. Lo suficiente como para encontrar esas direcciones. Ronald, me alegro de colaborar con usted. Muchas veces encuentro los métodos del Departamento demasiado suaves cuando se trata de acabar con estas ratas asesinas.

—Vamos a ellas.

Media hora más tarde estaban en la calleja del Hotel Reliever. Dejaron el coche en la esquina. El sol apenas llegaba a las aceras de la estrecha vía.

—Aquí es.

Entraron. Una mujer estaba leyendo una revista ante el pequeño mostrador de recepción. La pintura de las paredes se caía a conchas y había humedad en el suelo.

Ronald sacó del bolsillo la fotografía de su hermano.

— ¿Lo ha visto usted?

La mujer levantó los ojos de la revista. Era joven y llevaba los labios bastante pintados, pero no al descuido.

Su vestido parecía demasiado bueno para el hotel, pero tenía las uñas rotas.

—No.

— ¿Es usted la dueña?

—Si yo fuese la dueña de este antro no tendría que preguntarme de dónde sacar el dinero para pagar la pensión.

— ¿Dónde están el dueño o el encargado?

—El encargado no se ha presentado al trabajo desde hace dos días. El dueño me ha pedido que le haga este favor... descontándomelo de lo quede debo por la pensión.

Ronald le puso el retrato ante los ojos.

— ¿Seguro que no lo conoce?

—Seguro. ¿Son ustedes de la policía?

—Sí.

—Seguro que no lo vi. ¿Qué le ocurre? ¿Es un ladrón?

—No. Fue asesinado.

Ella puso los labios como para silbar.

—Caramba. Lástima. Parece un buen muchacho. Y no abundan. Dígamelo usted a mí.

—Usted vive en el hotel. ¿Ha ocurrido algo últimamente en él?

—Que yo sepa...

Sus ojos se entornaron. Las pupilas eran de un verde claro y luminoso.

—Especifique, ¿quiere?

—Hace cuatro días, este hombre pudo estar en este hotel.

— ¿Alojado?

—No lo creo. Pero pudo venir a preguntar por alguien.

—Bueno, yo no estaba, eso es todo lo que puedo decirles, pero... le oí decir a un viajante que estaba tratando de conseguir que me marchara con él, que le parecía que unos individuos se habían peleado en la calle.

— ¿No está ese hombre aquí?

—No, se largó al ver que yo no quería acompañarlo en su viaje... como ayudante. Como si un hombre que se aloja en esta cochiguera necesitase ayudante para vender ropa interior que no querría ni una india.

— ¿Dónde está el encargado?

—No lo sé. Supongo que habrá encontrado un empleo mejor. Cualquiera lo sabe. Porque si hay una cueva de bandidos...

— ¿Dónde vive el encargado?

—No lo sé. ¿Por qué no preguntan al dueño?

— ¿Está aquí?

—Seguro. En su cuarto y borracho.

Ronald miró a la muchacha.

— ¿Qué hace usted? ¿No tiene trabajo?

—Me han puesto en la lista negra. Me negué a... «colaborar» con el dueño de un cabaret. El «Dakota».

— ¿Colaborar?

—Sí, ocupar un puesto en su dormitorio, sin pasar antes por la iglesia. Como no quise, me despidió y... dijo a los demás dueños que hicieran lo mismo.

—Comprendo.

—No, no puede comprenderlo. Al menos, no del todo Usted es un hombre, y a los hombres no les ocurren estas cosas. Bien, el caso es que el dueño está en su dormitorio y supongo que borracho como un *lord*.

—Indíqueme cuál es el dormitorio del dueño. Y... ¿qué hacía usted en el «Dakota»?

—El dormitorio está en el primer piso, la primera puerta a la izquierda. Y... lo que hacía en ese piojoso cabaret era enseñar las piernas y hacer como si bailase. Me habían vestido como un miembro del K.K.K. con capucha y todo, pero... sin gran cosa por la parte inferior.

—Subiremos.

Llegaron a la habitación del dueño y llamaron a la puerta. Una voz de borracho les dijo que pasaran o se fuesen al infierno.

Pasaron. Un tipo alto, calvo, estaba tendido en un camastro, con una revista en la mano. Encima de la mesilla de noche había dos botellas, una de ellas vacía.

—Policía —dijo Ronald secamente.

—Estoy en orden.

— ¿Dónde vive su empleado?

— ¿Ese bastardo de Lips? El muy piojoso ha abandonado el trabajo, después de que le pago por encima de lo que debo. Es un cochino bastardo, sí, señor. Y me alegraré de que ustedes tengan algo contra él y lo encierren. Vaya si me alegraré.

— ¿Dónde vive?

— A dos pasos de aquí, en la primera travesía. Calle de Chattanooga, treinta y dos, creo.

— ¿Le dijo él si hace cuatro días había ocurrido algo en el hotel?

— ¿Él? Maldición, nunca me dice nada. Se limitaba a robarme. Que lo emplumen.

Salieron.

La muchacha los miró al pasar.

— ¿Consiguieron algo de ese borracho?

— Sí. ¿Va a estar usted aquí?

— ¿Adónde podría ir? Estoy buscando empleo.

Salieron a la calle. Chattanooga, 32. Una casa en ruinas, que se sostenía por un verdadero milagro.

— ¿Lips? Allí —dijo un viejo que fumaba lentamente ante una de las puertas.

Llamaron. Nadie respondió.

— Abra, Addyson.

El hombre sacó su juego de ganzúas y abrió en un momento.

Ronald y Addyson olfatearon a la vez.

— Atrás.

Ronald sacó el pañuelo, se lo puso ante la nariz y se metió como un bólido dentro de la habitación. Llegó ante la ventana y rompió el cristal. Una bocanada de aire comenzó a barrer el olor a gas.

— ¡Está aquí, Addyson! ¡Pero no entre todavía!

Con medio cuerpo fuera de la ventana volvió la cabeza. El cuerpo de un hombre de mediana edad estaba tendido en el suelo con los brazos en cruz. Aún esperó otro poco hasta que el olor fue casi imperceptible, arrastrado por la corriente de aire.

— Pase ya, Addyson.

Examinaron al hombre.

— Asfixiado... No.

— Claro que no. Le golpearon antes en la cabeza. Llame a ese viejo.

El viejo entró, cojeando. Al ver el cadáver abrió mucho los ojos.

— ¿Es Lips?

— Por cierto... No, era —se rectificó a sí mismo—. ¿Quién lo ha matado?

— No lo sabemos. Retírese, abuelo. ¿Hay algún teléfono aquí?

— Sí, en mi cuarto. Vengan.

Addyson fue a telefonear, mientras Ronald contemplaba la magullada

cabeza del difunto encargado del Hotel Reliever. Alguien le había golpeado en la nuca con algo bastante fuerte y luego había cerrado la ventana, la puerta y abierto la llave del gas. Ronald no era médico, pero comprendía que hacía cerca de dos días que aquel hombre había muerto. Se lo decía también el olor.

CAPÍTULO IV

Poco después la habitación estaba llena de agentes del FBI que buscaban huellas e indicios. Ronald los observaba fumando un cigarrillo y echando la ceniza en un trozo de papel.

—Esta es la mejor prueba —dijo dirigiéndose a Addyson—. Lo han matado porque vio algo relacionado con mi hermano. Ni se suicidó ni ninguna cosa por el estilo. Simplemente, fue quitado de la circulación.

—Así parece —respondió el taciturno agente.

—Venga, vamos al hotel de nuevo.

La muchacha continuaba ante el mostrador, y seguía leyendo los anuncios del periódico.

Alzó la mirada.

— ¿Lo encontraron?

— ¿Usted lo conocía bien?

—Pues... bastante bien. De verlo aquí y charlar de vez en cuando con él, naturalmente.

— ¿Qué tal persona era?

— ¿Era?

Había captado el tiempo verbal.

—Sí.

— ¿Le ha ocurrido algo?

—Contésteme, ¿quiere?

—Pues... yo creo que por un par de pavos hubiera vendido los huesos de su abuelita. Al menos esa impresión daba. Jamás hacía un favor como no lo cobrara por anticipado y en metálico.

—Lo han matado.

Ella abrió mucho los ojos.

— ¿Sí? Pero, ¿por qué?

—Suponemos que vio algo en este hotel hace cuatro días. Algo que no interesaba que comunicase a nadie.

—Pero... ¿quién?

—No lo sabemos. Pero usted tal vez pueda ayudarnos. ¿Está segura de no haber observado algo hace cuatro días?

—Pues... no, naturalmente. Veamos, hace cuatro días...

Con un largo dedo sobre la barbilla, estuvo pensando durante un momento.

—Aproximadamente... Bueno, creo que fue esa noche... la noche antes, sí, oí bastante jaleo. Debieron llegar huéspedes nuevos al hotel.

— ¿No los vio?

—No. Cuando hay huéspedes nuevos me encierro con dos cerrojos. Cuando solo son los habituales, solo con un cerrojo. Muchas veces les da por equivocarse de habitación sin querer... sin querer yo, naturalmente. Pero, ¿por qué no preguntan a Guggy?

— ¿Quién es? —indagó rápidamente Rodney.

—Guggy es un contrahecho, un indio que hace de mozo, vigilante.

— ¿Dónde está?

—Pues... debiera estar en el bar de enfrente.

—Vaya, Addyson.

El agente rubio salió. Ronald ofreció un cigarrillo a la muchacha.

—La vida es dura aquí, ¿verdad?

— ¿Dura? Usted me hace reír, agente. Si yo dispusiese nada más que de doscientos pavos, me largaría a cualquier sitio. Al Congo, a China o a cualquier sitio donde los hombres solo se peleen con ametralladoras, fusiles, lanzallamas o granadas. Pero como no los tengo...

Sus ojos eran limpios, y había un cierto áspero sentido del humor en su voz. Parecía una personita valiente y... no muy afortunada.

Addyson volvía.

—No está.

Ronald frunció el ceño.

—Bueno, esto no puede ser. ¿Usted sabe dónde vive, señorita...?

—Anaconda Liberman. ¿Le extraña el nombre?

—Un poco.

—Mi papaíto, que era aficionado a las especies exóticas de serpiente. Una broma de muy mal gusto, pero que yo creí en cierta ocasión que daría resultado visto en letras de dieciséis pulgadas sobre un tablero de anuncios de un teatro. Desgraciadamente, me quedé con el Anaconda y sin las letras. Pero... bueno, eso solo me importa a mí y a mi papá, que en gloria esté. A lo que vamos. Guggy vive arriba, en un camaranchón que en otros lugares solo se emplearía para guardar las escobas.

—Vamos. ¿Quiere acompañarme?

—Bueno, vamos, pero huele peor que el resto del hotel, y ya es decir.

Subieron. En el tercer piso, y ante una puerta pequeña, ella se detuvo. Al volverse hacia Ronald, sus ojos eran un poco tímidos.

—Míster... Bueno, agente.

—Ronald.

—Míster Ronald, Guggy es un desgraciado. Más desgraciado que yo, aún. Está enfermo y lisiado, pero tiene que vivir. No lo... atosigue mucho. No es mala persona, por lo menos no al estilo como lo era Lips.

—Lo tendré en cuenta.

Luego llamó a la puerta.

Nadie respondió.

Ronald estaba ligeramente pálido cuando se volvió a Addyson.

— ¿Le parece que...?

El otro agente asintió lentamente con la cabeza.

—Vamos.

Apoyaron ambos el hombro y la puerta se abrió.

Lo esperaban pero, no obstante, los dos se quedaron quietos.

El cuarto era muy pequeño, tan pequeño como el cuerpo que yacía en la cama, encogido, en postura fetal.

Ronald avanzó dos pasos y se inclinó sobre él. Alguien le había estrangulado, y realmente poca fuerza había sido necesaria para arrancar la vida a aquel cuerpecillo enfermo.

Ronald le tapó la cabeza con la manta. Cuando se volvió, la muchacha se había apoyado en la pared y tenía la cara verdosa.

—Pero... p-p-pero... ¿por qué, santo Dios?

—Por la misma razón por la que asesinaron a Lips. Los había visto. Y no les gusta dejar huellas detrás de sí.

Estaba tocando el cuerpo, por debajo de la manta.

—Frío, pero... Escuche, miss Liberman, ¿cuándo lo vio por última vez?

—A-a-anoche. Estuvimos charlando un rato. Tomamos una taza de café juntos en mi cuarto... él parecía...

— ¿Qué?

—No sé, un poco... más alegre que de costumbre. Me dijo que tal vez hubiera cambiado su suerte.

— ¿En qué sentido?

—No me lo dijo. Solo eso. Que tal vez hubiera cambiado su suerte o estuviera para cambiar... Algo por el estilo.

— ¿A qué hora?

—A las diez... Sí, a las diez.

— ¿Hay teléfono?

—No, el patrón no lo quiere. Dice que los clientes lo usarían sin descanso.

—Addyson, busque un teléfono y traiga al dueño.

Luego empujó a la muchacha fuera del cuarto.

—Espéreme por allí. Tómese una taza de café y una copa. Parece que lo necesita.

—Sí, puede que sí. Solo que...

Ronald comprendió. Sintiendo una sensación de pena y asco, sacó un dólar del bolsillo.

—Por favor.

Ella se irguió.

— ¿Tengo cara de estar pidiendo limosna?

—Tómelo como un préstamo.

—No, gracias.

Ella salió coneando. Llevaba unos pantalones de color azul, que se ajustaban perfectamente a sus piernas esbeltas.

Ronald comenzó a investigar en la habitación. Un poco después apareció Addyson, remolcando al dueño, que estaba evidentemente muy borracho.

—Pero, ¿qué me cuentan? —vociferó—. ¿Que han matado a Guggy? Eso no puede ser. Lo que quieren es hundirme el hotel.

—Cállese. ¿Dónde estaba usted anoche, hacia las once?

—¿Yo? Abajo.

Miró el cuerpo del contrahecho.

—Pobre Guggy. Era una buena persona, aunque me robaba, como todos. Que Dios se apiade de su alma. Sí, era una buena persona en medio de todo...

—Cállese. ¿Estaba usted abajo, en recepción?

—Sí, claro. Lips no había aparecido y yo... tuve que hacerme cargo de la gerencia.

—¿Estaba borracho?

—¿Quién, yo?

—Sí, ¡usted!

—Pues... no, pero había bebido un par de copas. Lo necesito. Tengo la tensión baja.

—¿Borracho?

—¿No le digo que no? Solo...

—¿Quién subió a este piso?

—Nadie.

—¿Nadie? Entonces... ¿quién mató a este pobre hombre?

—¡Yo qué sé! Usted me está acusando...

La voz de Rodney Ronald era suave, amenazadoramente suave.

—Escuche, amigo. Si nadie subió, entonces alguien del hotel tuvo que ser quien matase a Guggy. ¿Me entiende?

Al hombre pareció que se le disipaba algo la borrachera,

—¡Usted! Bueno, yo...

—¿Se durmió borracho?

—Yo... quizá diese una cabezadita...

En las escaleras se oyeron los pasos de varias personas que ascendían rápidamente. Los agentes del FBI.

Ronald cogió al hombre por las solapas de la chaqueta y lo apretó contra la pared.

—¿Quién subió?

—Yo... ¡me dormí! —balbució el otro, a punto de echarse a llorar.

—¡Borracho indecente!

Se reprimió con un esfuerzo.

Llegaban los agentes. Ronald les dejó pasar.

— ¿Encontraron algo en casa de Lips?

—Huellas. Muchas, pero del muerto. Ninguna más.

—Miren por aquí.

Salió al corredor, que olía a humedad y a café recalentado.

Anaconda lo miró.

—He escuchado lo que le preguntaba a ese borracho. Yo sí oí algo.

— ¿Qué?

—Pasos encima de mi cabeza. Yo tengo la habitación debajo de esta. Oí pasos pesados.

— ¿Nada más?

—Creí que sería Guggy, pero...

— ¿A qué hora?

—Hacia las doce o doce y media.

—Escuche, Anaconda. ¿Qué habitación ocuparon los hombres hace cuatro días?

—Lo ignoro, aunque era en mi piso, desde luego. En el segundo.

Ronald asomó la cabeza dentro del cuartucho. Apenas cabían en él los tres o cuatro agentes. Se molestaban unos a otros, tan pequeño resultaba el espacio libre.

—Usted.

El dueño salió.

— ¿Qué habitación ocuparon hace cuatro días unos tipos que llegaron a la madrugada?

—Yo no lo sé —gimoteó el hombre—. Me encuentro mal. Siento que me voy a descomponer.

—Espérese y ya se descompondrá luego, estúpido. ¿No lo sabe?

—Es Lips quien... No, a esa hora sería Guggy.

—Pero usted debe saber qué habitaciones les daría.

—Pues... tal vez la veinticuatro y la veinticinco. Creo que estaban vacías ese día.

Ronald miró a la muchacha. Esta asintió.

—Vamos a verlas.

Las abrieron y echaron una ojeada.

—No toquen nada. Addyson, que venga aquí el equipo de huellas.

Las camas estaban hechas en las habitaciones, pero el suelo bastante sucio.

Bajaron dos agentes y se pusieron a buscar huellas. Ronald miraba los escasos muebles, entrando y saliendo de una habitación a otra.

—Hay bastantes —dijo uno de los técnicos.

— ¿Quién hace aquí la limpieza? —preguntó Ronald al dueño.

—Pues... dos negras.

—Búsquelas. Que vengan. Tenemos que tomarles las impresiones dactilares.

Se las tomaron también al dueño y a Anaconda. Esta se limpió los dedos en la toallita de papel que le dieron y se encogió de hombros.

—Una mancha más.

—Espérenos ahajo, ¿quiere?

Habían acabado media hora después. Dos negras de mediana edad y ojos asustados habían acudido y también dejaron sus improntas digitales en las tarjetas blancas, con sus nombres y sus direcciones. Ronald se les quedó mirando.

—Chicas, escúchenme bien. Ustedes limpiaron estas habitaciones hace... cuatro días, ¿no es así?

—Sí, señor.

—Las habitaciones no se han vuelto a ocupar después, ¿no es eso?

El dueño y Anaconda asintieron.

—Bien, ¿encontraron algo?

Una de las negras pareció inquieta.

— ¿Sí?

—Bueno, señor, encontré un frasco vacío de algo para el cabello. Me pareció que era loción o algo así. Olía a medicina.

— ¿No sería brillantina?

—No, no, creo que no. Mi hombre se da brillantina y no olía a eso. Era como... una medicina para el pelo.

— ¿En esta habitación?

—Sí, en esta, en la que tiene dos camas.

— ¿Cambiaron las almohadas?

—No. No se hace sino... una vez al mes.

— ¿Aunque las habitaciones cambien mucho de dueño?

—Sí, señor. Nada más que una vez al mes.

—Cojan las almohadas y llévenlas al laboratorio de la policía. Que investiguen en ellas. Quizá se encuentren cabellos o caspa, o lo que sea.

Addyson dijo:

— ¿Qué hizo con el frasco, muchacha?

—Pues... lo tiré.

— ¿Se acuerda de cómo se llamaba el producto?

—No, señor. No sé leer. Pero tenía un hombre con la mano en el pelo y sonriendo.

—Resurrectrix —dijo Anaconda de pronto—. Lo he visto en otros sitios. Es un regenerador del cabello. Al menos, eso dice la etiqueta.

— ¿Es muy usual?

—No lo sé. Yo lo he visto en alguna parte.

— ¿Dónde?

—No recuerdo. Pero me llamó la atención el nombre. Resurrectrix se llamaba.

—Gracias. Bien —se volvió al dueño—, el hotel queda clausurado.

—Pero... ¿de qué voy a vivir?

—Oh, usted no se quedará sin comer. Yo sí me quedaré sin dormir —dijo Anaconda sombríamente—. Usted tiene dinero. Yo... ni un centavo.

— ¿No tiene adónde ir?

— ¿Estaría en esta ratonera si lo tuviera? Usted me hace reír, míster Ronald.

Ronald se volvió a Addyson.

— ¿Qué hay del Ejército de Salvación? ¿Tienen Hogar aquí?

—Creo que sí. Preguntaré a los muchachos.

—Espere un poco —Anaconda estaba ligeramente jadeante—. ¿Quiere meterme a comer el maíz asado en ese lugar?

—Sí —respondió Ronald—. Y aprisa. Han matado a dos hombres relacionados con este hotel. Yo no quiero que...

Se detuvo.

—No quiero que le ocurra nada. ¿Me ha entendido? Si no puede ser admitida en el Ejército de Salvación o en la Y.M.C.A., yo mismo procuraré que el Gobierno le dé un refugio.

—Yo... —dijo ella débilmente—. Esperaba encontrar trabajo...

—Lo buscará desde uno de esos dos sitios. Vamos, yo mismo la llevaré allí.

—El Ejército de Salvación está en la plaza de Battle —dijo Addyson sonriendo—. No podía ser por menos.

—Lleven todas las pruebas a la Jefatura de Policía y espérenme allí. Dejen un par de agentes de la policía vigilando el hotel, y ciérrenlo. Yo me reuniré con ustedes en Jefatura dentro de un rato.

Salió, cogido al brazo de la joven firmemente.

—Pero... ¡espere! Tengo que coger mi equipaje.

—Vamos.

El cuarto de la joven estaba menos desnudo que los demás. Incluso había unas cortinillas en la ventana y olía a agua de colonia. Ella miró al agente tímidamente.

—No siempre he estado tan... menesterosa, podríamos decir.

—Recoja sus cosas.

Ella lo hizo. Metió sus artículos personales y su ropa en una maleta y Ronald la ayudó a cerrarla.

— ¿Se olvida algo?

—No, creo que no. Esto no es un hogar...

Estaba echando una mirada en torno a la habitación.

Añadió:

—Pero he vivido en ella casi seis meses... En fin, muchacha, vamos a pelar patatas, a comerlas hervidas y a cantar Adelante, soldados de Cristo.

—No será muy duro. No más que esta porquería.

—Pero aquí, al menos, era libre de decidir. Bueno, vamos.

Encontraron enseguida el edificio del Ejército de Salvación. Una sargento fea como el pecado pero con bondadosa sonrisa, los recibió.

Ronald le explicó lo que sucedía. La sargento sonrió a Anaconda.

—Bienvenida al Ejército del Señor.

—Le advierto que no sé tocar el tambor ni la trompeta —dijo Anaconda débilmente—. Bailar, sí... Pero no de la forma como a ustedes les gustaría.

—No se preocupe.

Ronald le cogió la mano.

—Volveré a verla, Anaconda.

—Se lo agradeceré, míster Ronald.

—Rodney.

—Se lo agradeceré, Rodney. Sargento, no les daré muchas molestias. Espero encontrar trabajo pronto.

—No se preocupe por eso. ¿Quiere venir conmigo a ver a la comandante?

—Claro. Adiós, Rodney.

—Hasta la vista. Y... no salga, a ser posible, más que con las muchachas del Ejército. ¿Me ha entendido?

—Sí, creo que sí. Pobre Guggy.

Entraron las dos mujeres. Rodney se volvió al coche para dirigirse a Jefatura.

CAPÍTULO V

Había una reunión en la Jefatura de policía de Rapid City. Estaban allí varios agentes del FBI, y el capitán de policía. Avisado por teléfono, el agente principal había llegado desde Pierre en automóvil.

Él presidía.

—Lo que mi hermano vio en aquella carretera es de importancia primordial —dijo Rodney Ronald—. Los asesinos mataron a un hombre y mi hermano debió llegar un momento después. Cuando volvía para dar la noticia, se llevaron el cuerpo y borraron las huellas. Seguramente mi hermano encontró la pista a causa del neumático deshinchado, y la fue siguiendo hasta aquí. Entonces, ellos lo mataron para que no pudiera hablar. Quizá lo hicieron antes de saber que era un agente del FBI, quizá después.

Hizo una pausa.

—Porque de haberlo sabido antes... dudo mucho que se hubiesen metido en esta aventura. El caso es que resultaba tan imprescindible para ellos el borrar las pistas que han matado a todos aquellos que les vieron y podrían reconocerlos después. Supongo que en eso estamos todos conformes.

Hubo un movimiento general de cabezas, asintiendo.

—Ahora bien, ¿qué hicieron con el cuerpo?

—Ocultarlo, supongo —dijo Addyson.

—Es de suponer, pero... ¿dónde? El de mi hermano apareció por casualidad, ¿no es así?

El capitán de la policía asintió.

—Así es. Lo encontró una pareja de recién casados en viaje turístico. Se llevaron un buen susto, por cierto.

—Y bien... —Ronald tenía las mandíbulas firmemente encajadas—. Esos tipos, ¿se quedaron aquí para borrar las huellas solamente o... porque desean permanecer aquí? ¿Cuál de las dos soluciones es la correcta? De ello depende en gran manera el éxito de nuestras investigaciones.

Se volvió al capitán de la policía.

—¿Han tenido ustedes últimamente mucho movimiento de gentes al margen de la ley? Quiero decir...

—Creo que comprendo —dijo el capitán—. Pues... no, no lo ha habido. El normal en un sitio como este.

—¿Qué clase de movimiento?

—Pues, algún que otro ladrón de coches... Un poco de juego, inevitable

en todos los lugares turísticos, algún ajuste de cuentas pequeño... Poca cosa, en realidad.

— ¿Algún tipo que controle el vicio, o la delincuencia?

Era una pregunta muy delicada. Esas gentes suelen mostrarse bastante generosas con las policías para que estas no les molesten. Pero el capitán tenía un aspecto bastante decente y su mirada era franca cuando sostuvo la de Ronald.

—Hay... Bueno, quizá los dueños de algunas de las salas de fiestas. Fíjese bien que digo quizá. Pero hasta ahora no han dado motivos para sospechar de ellos asuntos de esta envergadura. Esto, míster Ronald, parece cosa de gente de fuera. Fíjese en que también digo que parece. Como es natural, no podría asegurarlo.

— ¿Drogas?

El capitán movió la cabeza.

—Hace mucho tiempo que cogimos a una banda pequeña que traficaba con marihuana. No hemos vuelto a tener conflictos con ellas.

El agente principal de Pierre asintió.

—La región es tranquila, Ronald, puedo asegurárselo yo también. Hace mucho tiempo que no hemos tenido casos demasiado importantes. Un tipo que cogió su rifle, asesinó a su mujer y a la hermana de esta, y se ocultó en las cavernas. Conseguimos cazarlo después de una buena batida que duró varios días. Y los comunes, de robo de coches trasladándolos de Estado, etcétera. Muy poco.

—Comprendo. Y sin embargo... No sé por qué algo me dice que esos tipos no han salido de la ciudad. Que tienen algo que hacer aquí, aparte de matar a algunos posibles testigos.

Se acercó al mapa de la región.

—Fíjense. Mi hermano venía de Custer. Ellos también, al parecer, o al menos todo hace suponerlo así, ya que no es probable pensar que hubieran ido hasta allí para matar al individuo que mi hermano vio en la carretera y luego volver con él.

El teléfono sonó. El capitán lo cogió y escuchó durante unos instantes. Todos los *sheriffs* de la región habían sido advertidos para que coordinaran sus esfuerzos en un intento de centralizar todos los informes. Llamaba el jefe de policía de Hermosa.

El capitán colgó.

—Dice que su hermano preguntaba por unos amigos suyos. Y que uno de ellos estaba enfermo. Lo preguntó al empleado de la estación y los del café de noche.

— ¿Un enfermo? No sabía nada.

—Sí, supongo que sería...

—El cadáver, desde luego. Pregunten al motel de la entrada de Rapid.

Aquello les llevó muy poco tiempo. Un momento después sabían que no

había baido ningún enfermo entre los ocupantes del «Chevrolet» verde cuando este llegó.

—Busquen, pues. Han debido dejar el cadáver en alguna parte entre Hermosa y Rapid.

El capitán de policía volvió a coger el teléfono, moviendo la cabeza pesadamente.

—El terreno se presta a ello. Y a que pasemos mucho tiempo sin encontrarlo. Cuevas, bosques, montañas...

Se encogió de hombros.

—De todas formas, vamos a intentarlo.

—Gracias.

Ronald se balanceaba sobre sus pies.

—Y ahora quiero tener una charla con el empleado del «Dinosaur».

—He hecho que lo traigan, Ronald —dijo Addyson—. No he querido que le ocurra como a esos otros.

— ¿Podemos utilizar la sala de interrogatorios? —preguntó Ronald al capitán de la policía.

Este asintió.

—Y si necesitan dar algún golpe, tengo unos cuantos muchachos especializados en hacerlo sin dejar huellas que luego pueda mostrar un abogado ante un jurado.

Ronald miró al agente principal. Parecía no haber oído.

—Gracias. Pero creo que nosotros nos arreglaremos bien.

Addyson y él penetraron en la sala de interrogatorios.

El empleado del Hotel Dinosaur estaba sentado en una silla. Frente a él había una mesa con dos focos, apagados todavía. Un oficial de policía los encendió y Addyson y Ronald se colocaron detrás de la mesa.

El empleado era un hombre joven, de pelo rubio y ojos pequeños. Evidentemente estaba muy asustado.

—Bien —dijo Ronald secamente, una vez que la policía salió y cerró la puerta tras de sí—. Vamos a empezar.

—Escuchen, ya les dije todo lo que había. Yo quiero hablar con un abogado.

—No le hará falta aún. No está usted detenido.

—Entonces, ¿por qué me han traído aquí?

—Para interrogarlo.

—Pero si ya les dije...

—Sí. Pero no todo. Veamos. Cuando el agente le preguntó por aquellos individuos, ¿había alguien allí cerca?

—Pues... no recuerdo. No, creo que no.

—En ese caso, tan pronto como el agente se marchó, usted llamó a alguien.

— ¡No!

—No sea estúpido. Diga la verdad.

—No llamé a nadie.

—¿Qué hizo con la carta?

—La quemé.

—¿Cómo era? ¿Qué decía textualmente?

—Que mantuviera la boca cerrada. Porque si no, podría ocurrirme algo muy desagradable.

—¿Nada más?

—Nada más, palabra.

—¿Escrita a máquina o a mano?

—A mano.

—Ahora, vamos a volver sobre el asunto. ¿Cómo podían saber ellos que el agente había hecho preguntas si no estaban presente y si usted no los avisó?

—Yo... no lo sé.

—Usted sí lo sabe.

Addyson irguió la alta estatura.

—Voy a comenzar por dos buenos golpes en los oídos.

El otro alzó la cabeza aterrado.

—Ustedes no pueden pegarme.

—Claro que podemos.

—No —dijo Ronald—. Póngalo de pulgares contra la pared, Addyson.

El agente cogió al hombre, lo llevó hasta la pared y lo colocó inclinado y con los pulgares apoyados en el muro. De este modo todo el peso descansaba sobre los dedos. Es una postura que muy pocos pueden soportar durante mucho tiempo.

— ¡Socorro! —gritó el hombre.

Ronald se hubiera echado a reír de no haber sido tan serio el asunto.

— ¿Vas a hablar?

—No puedo, no tengo nada que decir.

—Pues ahí permanecerás hasta que lo tengas.

Gotas de sudor corrían por la cara del empleado. Sus ojos se desorbitaron.

Los dos agentes esperaron hasta que por último, el hombre abandonó la postura.

— ¡No puedo más!

— ¿Hablará?

—Sí... Había, había un hombre. Entró cuando lo hizo el agente y estuvo allí durante la conversación. Cuando el agente se marchó me dijo que le diera las mismas direcciones que le había dado al otro.

— ¿Usted lo conocía de antes?

—No le había visto en mi vida.

— ¡Miente!

Addyson le golpeó detrás de la oreja. El hombre lanzó un grito de dolor.

—No... no lo conocía.

Addyson alzó de nuevo la mano.

—Escuche —dijo Ronald—. Ha muerto un agente de policía. No nos vamos a andar por las ramas. Usted hablará o le aseguro que no va a salir indemne de aquí. ¿Entendido?

—Yo... lo había visto cuando me pidieron alojamiento.

— ¿A él solo?

—No, iba con otro. Y había otros más en un coche.

— ¿Un «Chevrolet» verde?

—Sí.

—Y luego usted recibió una carta.

—No.

Los dos agentes le miraron.

— ¿Usted no la recibió?

—No, me dijeron que lo dijera así, pero no, fue ese mismo hombre el que volvió a verme y me dijo que tuviera la boca cerrada.

—Describalo.

—Era... muy alto, y muy fuerte. Tenía la barba... como si hiciera un par de días que no se había afeitado. Y unas manos enormes.

— ¿Y el otro?

—El otro era más pequeño, moreno, con mucho pelo. Con cara de muy joven.

Ronald entrecerró los ojos.

— ¿Mucho pelo? ¿Negro?

—Sí. Llevaba un sombrero y una canadiense. Y *blue-jeans*.

Había algo rondando por la mente de Ronald.

— ¿Nada más?

—No sé más —lloriqueó el otro—. Solo que cuando volvieron para advertirme que no dijera nada, me miraron de una manera que comprendí que cumplirían su promesa. Algo me ocurriría, y yo tengo dos chicos. No quise arriesgarme.

— ¿Les oyó hablar entre ellos? ¿Sabía usted lo que iban a hacer o lo que querían hacer?

El hombre movió la cabeza.

Luego levantó la mirada.

—Por favor, no me dejen libre.

— ¿No quiere volver a su trabajo?

—No, no quiero.

Ronald y Addyson parlamentaron en voz baja.

—De acuerdo. Se quedará usted aquí. ¿Hay algo más que recuerde con relación a aquellos hombres?

—El grande, una especie de gigante... llevaba un traje a cuadros muy grandes.

— ¿Nada más?

—No. Sí, espere. Llevaba dientes de oro.

—Si recuerda algo hágaselo saber al policía. Vamos.

Habían enviado a Washington las huellas dactilares encontradas en las habitaciones que habían ocupado los asesinos en el hotelucho. Aún no se tenían noticias, pero posiblemente, entre los ciento setenta millones de improntas registradas y clasificadas en los archivos del FBI, hallarían algo. Nada había en el archivo de la policía de Rapid.

—Se trata de un gigante —dijo Ronald al capitán—. Un gigante que lleva un traje a cuadros y dientes de oro. El otro es un hombre de estatura media, más bien bajo, con cara aniñada.

Y en ese momento le vino a la memoria algo que le había estado torturando todo el tiempo desde hacía unos minutos. ¿Qué había dicho el *sheriff* de Custer? Que habían hallado un pañuelo de mujer entre los árboles, cerca de la carretera donde su hermano encontró el cuerpo.

—Un pañuelo... —comenzó a decir—. Escuche, capitán. Puede que sea una mujer este último de que le he hablado. Fíjese bien que digo «puede ser».

—De acuerdo, comenzaremos a buscar. Si es que están en la ciudad todavía.

— ¿Tiene usted muchos confidentes?

—Hombre, esto no es Nueva York, ni Los Ángeles, ni Chicago, pero... algunos hay. Pocos, pero quizá sepan algo.

—Capitán, esos hombres no han venido de fuera porque sí, ni se hubieran ocupado tanto en borrar huellas aun teniendo que matar para ello, si pensarán largarse. Están aquí para algo, y no quieren tener tras de sí testigos molestos. Pero se les olvidó o no pudieron acabar con el empleado del Hotel Dinosaur. Y esa es nuestra baza.

— ¿Qué quiere que hagamos, que lo llevemos de acá para allá, preguntando?

—No, simplemente buscar. Diablos, si pudiéramos encontrar el cuerpo...

Lo estaban buscando. Las noticias se sucedían de media en media hora, pero no había aún nada positivo cuando Ronald salió de la jefatura.

Le habían buscado alojamiento en el Hotel Plaza, donde estaban instalados casi todos los agentes del FBI. Se dio una ducha, mientras pensaba furiosamente.

Cuando terminó, se dejó caer en la cama. Hasta entonces había estado tan ocupado que apenas había podido pensar en Buck más que como... como el asesinado.

Ahora podía pensar en él como su hermano, el buen Buck que le pagó

la carrera a él de su propio bolsillo, en tanto trabajaba en el FBI. En el hombre que no se había casado para mejor poder ocuparse de su hermano menor. De él, de Rodney.

En ese hombre que ahora yacía en la Morgue, esperando sus instrucciones para ser o no enterrado en Rapid.

Se vistió y fue a la Morgue. Allí, con el rostro impasible, dijo que podían enterrar a su hermano en el cementerio de Rapid.

—Avisaré a la funeraria —dijo.

Encontró una en una calle tranquila. Dio las órdenes oportunas y dijo que él se hacía cargo de todos los gastos. Ya podían llevar allí el cadáver e inhumarlo al día siguiente.

Salió. Las calles estaban llenas de turistas, que paseaban con sus cámaras fotográficas al hombro. Cuando desembocó en la calle principal, vio que estaba a dos pasos del cuartel del Ejército de Salvación. Recordó la charla fluida de la muchacha y se sintió deseoso de volver a oírla. Había resultado hasta entonces lo único sedante en aquel espantoso asunto.

Caía la tarde, y no había comido en todo el día. Llegó al cuartel y preguntó a la muchacha que había en la puerta por la señorita Liberman. Le hicieron pasar a un amplio patio en el que había asientos de madera rústicamente tallada.

—Hola —dijo Anaconda.

Estaba sentada en uno de los asientos, junto a otra chica que llevaba el uniforme del Ejército. Y galones de sargento.

—Tengo algo que decirle. ¿Quiere usted salir a cenar conmigo?

Anaconda dudó solo un momento.

—Bien, supongo que puedo hacerlo. Vamos.

— ¿Volverá usted? —preguntó la sargento.

—Volverá —respondió Rodney por ella.

Salieron. A pocos pasos de allí estaba el Restaurante Cheyenne. Se metieron en él y Rodney pidió la comida.

Mientras la servían, ofreció un cigarrillo a su compañera.

Ella alzó los ojos de la llama, para fijarlos en los suyos.

— ¿Han encontrado algo?

—Aún no.

— ¿Piensa que yo puedo ayudarle en algo?

—No lo sé. Pero de pronto sentí deseos de hablar con usted. El agente asesinado era mi hermano.

—Oh... lo siento.

—Tengo que encontrar a sus asesinos, Anaconda.

—Puede llamarme Anny. Me resulta menos... exótico.

—Tengo que encontrarlos. Mi hermano murió en el cumplimiento de su deber, aun cuando estaba de vacaciones. Pero ese sentimiento del deber fue demasiado fuerte para él. Había sido casi testigo de un asesinato y no

se limitó a dar parte a la policía, sino que investigó por su cuenta. Y ello le llevó a la muerte.

Aplastó el cigarrillo contra el platillo.

—Tengo que encontrarlos.

—Ojalá yo pudiese ayudarle en algo. Pero solo soy una chica con mala suerte.

—¿Hacía usted striptease? —preguntó Rodney brutalmente.

Ella enrojeció.

—No. Y no solo porque no lo permite la policía de Rapid, sino porque... no me gusta. No quiero.

—Me alegro.

—Solo bailaba un poco y cantaba algo. Pero... al parecer no era bastante. Como ya le dije, hay que «colaborar» con los empresarios de una manera más estrecha. Y tampoco estaba dispuesta a ello.

—¿Dónde bailaba usted?

—En el «Dakota». Precio de la copa: dos dólares. Público: turistas casi todo, en busca de sensaciones nuevas.

—¿Ganaba mucho?

—No lo crea. Muy poco. La competencia es estremecedora. Pero me iba defendiendo hasta que ese cerdo de Reeves me puso cerco.

—¿El dueño?

—El encargado. Un cerdo, como le digo. Pero tengo la esperanza de que lo despidan y entonces tal vez pueda volver. Al parecer, había hecho juegos malabares con los libros y el dueño se puso furioso. No sé si habrán logrado arreglarlo entre ellos.

—¿Quién es el dueño?

—Míster Rourke, otro cerdo, pero al menos no persigue a las chicas. Se limita a ganar dinero a espuestas y a tratar de montar otros espectáculos. Ya tiene tres solo en esta ciudad.

Rodney se inclinó hacia ella.

—Mientras estaba usted en el «Dakota», ¿oyó algo que se refiriese a negocios sucios o algo por el estilo?

—¿Qué quiere usted decir con eso de negocios sucios?

—Pues... juego, drogas, extorsión, alguna cosa por el estilo.

Ella jugueteó con el pan.

—No... y sí.

—¿Qué quiere usted decir?

—Reeves estaba haciendo trampas, como ya le dije. Eso es lo que oí a uno de los vigilantes del local cuando hablaba con otro. Había estado ocultando ganancias y el vigilante aseguraba que si míster Rourke se enteraba, lo haría saltar.

—¿Saltar?

—Despedirlo. ¿No entiende mi lenguaje?

—Quiero entenderlo mejor aún. ¿Despedirlo solamente?

—Eso no lo sé.

—Ese Reeves, ¿perseguía a alguna de las otras chicas?

—Últimamente me había colocado la primera en su lista.

Hizo un gesto de asco.

—Si usted lo viera... parecía como si no hubiese visto otras faldas en su vida. Y es un cerdo, un auténtico cerdo. En cierta ocasión le vi golpear a una muchacha cuando le dijo que si quería poner las manos en algún sitio no utilizase sus caderas para ello. Vaya si lo hizo.

Rodney tenía los párpados entrecerrados.

—Anny, ¿le importaría volver allí?

—¿Allí? Claro que me importaría. No lo deseo. Aunque me muera de hambre.

—No me refiero a volver a trabajar, sino a ir allí conmigo.

—La verdad es que... ¿para qué?

—No lo sé. Tomaríamos una copa y yo vería el ambiente.

—No, gracias. No deseo aparecer por allí.

—Como quiera.

—Bien —dijo ella—, ¿volvemos a bordo?

—Sí. Yo tengo trabajo. Pero la veré mañana, quizá.

Ella vaciló ligeramente.

—Pues... ¿sabe una cosa? Me alegro de que diga eso.

—¿Por qué?

—Porque... no es que el cuartel sea muy aburrido, pero... no es mi ambiente. Me encuentro un poco... desplazada. Esas chicas son maravillosas y la comandante un sol de criatura, pero... me encuentro ligeramente desplazada, si es que entiende lo que quiero decir.

—Espero que no tardemos en poder dejarla salir de allí.

Regresaron al cuartel. Rodney le estrechó la mano y luego se encaminó a la Jefatura de Policía.

CAPÍTULO VI

Addyson lo estaba esperando.

—He estado a punto de interrumpir su *tête-a-tête*, compañero, pero he pensado que más valía dejarle para un poco más tarde.

— ¿Sí? ¿Por qué?

—Bueno, una mensajera se ha presentado en el hotel y quería hablar con esa muchacha.

— ¿Con miss Liberman?

—Sí.

— ¿Una mensajera de qué?

—De un club nocturno. Cuando vio que ella no estaba quiso largarse de nuevo, pero los agentes no se lo permitieron.

— ¿Qué quería? ¿Habló?

—Sí, dijo que míster Rourke quería que la chica, miss Liberman, volviese a trabajar al club.

Rodney entornó los ojos.

— ¿Nada más?

—Nada más.

— ¿Le dijeron dónde estaba miss Liberman?

—No. Solo que se había trasladado de domicilio.

Rodney estaba pensando y según su costumbre, se balanceaba sobre sus pies.

—Bien, bien. Addyson, póngase una corbata de lazo,

— ¿Qué diablos...?

—Hágalo. Vamos a ir a ese club.

—El agente principal nos emplumará si nos pesca divirtiéndonos en uno de esos tugurios, mientras...

—Vamos, hágalo. Supongo que ya estará abierto.

Un momento después, los dos subieron a uno de los coches sin placas de identificación y rodaron hasta el «Dakota». Un letrero de zigzagueante neón azul pálido indicaba el emplazamiento del club nocturno.

Penetraron en él. Había todavía poca clientela, y la mayor parte de ella se componía de turistas. Mientras se sentaba a una de las mesas y un camarero se acercaba a tomarles el pedido, Rodney dijo:

—Oiga, amigo, he oído decir que hay aquí un buen espectáculo. ¿Es cierto?

—Sí, señor. Muy bueno.

—Lo oí decir en Kansas, en mi tierra. Mire, amigo, yo no vine aquí para

ver solamente las cuevas. A mí me gusta como a todos un poco de relajo. ¿Cómo me dijo mi amigo en Kansas que se llamaba el dueño de esto...?

Hizo como si pensara...

— ¿Peeves?

—No, señor.

—Bueno, algo por el estilo. Me dijo que no dejase de saludarle si venía al club «Dakota»... ¡Reeves! ¿Es eso?

—Sí, señor. Míster Reeves. Pero no es... Bueno, era el encargado.

— ¿Ya no lo es?

—Lo siento, pero creo que no lo sé,

—Bueno, ¿a quién podría preguntarlo?

—Pues... al jefe de camareros, pero creo que está ocupado.

— ¿Seguro que ya no está aquí? Mi amigo me dijo en Kansas City que se habían hecho muy buenos amigos. Eso me dijo.

Bebió su copa. El camarero se había marchado.

—Addyson, me va a hacer un favor. Vaya al Ejército de Salvación y traiga a miss Liberman. No venga con ella. Dígale que venga y luego regrese usted, pero que no parezca que lo hacen juntos. No va a querer, pero dígale que yo se lo pido.

—Al momento. Este... Ronald, yo creí que estábamos aquí para investigar la...

Lanzó una mirada a su alrededor.

—Lo de su hermano.

—Haga lo que le pido, ¿quiere?

—Sí.

Había captado el tono de dureza en la voz de Rodney. Se marchó.

El camarero pasaba cerca de él. Rodney le hizo un gesto de llamada.

— ¿Se puede ver ya al jefe de camareros?

—Pues... creo que no.

—Bueno, no se preocupe, amigo. Tenga.

Le alargó un billete de cinco dólares.

—Dígame cómo se llama y ya llegaré hasta él... Ja, ja... En Kansas sabemos hacer las cosas.

El camarero dudó un momento. Luego dijo en voz baja:

—Es aquel que está junto a la barra.

—De acuerdo, muchacho. Ahora mismo le pienso dar recuerdos de mi amigo.

Bebió de un trago lo que le quedaba en el vaso y se dirigió al jefe de camareros.

—Hola, amigo, le traigo recuerdos.

El hombre se volvió sobresaltado.

— ¿Qué...? Oh, perdón...

—Que le traigo recuerdos de un amigo de Kansas. Usted es Reeves,

¿no?

—No, no. No lo soy.

—¿No es usted el encargado?

—No. Solo el jefe de camareros.

—Bueno, un amigo de Kansas que estuvo aquí me dijo: «No te vayas de Rapid sin pasar un buen rato en el «Dakota» y le das recuerdos a Reeves. Es un buen amigo.»

—Lo siento, no soy Reeves.

—¿Dónde puedo verlo? Me gusta cumplir los encargos de mis amigos.

—No ha venido hoy.

—¿No? Bueno, pues ya lo veré mañana. Total... por la noche aquí no hay otra cosa mejor que hacer. Y mi amigo me dijo: «No te pierdas a la chica que sale vestida como uno de esos tipos del «Ku-klux-Klan, es portentosa.» ¿Cuándo sale?

—Dentro de un rato, señor.

—Bueno, gradas. Y si viniese Reeves, no deje de avisarme.

Volvió a su mesa. Los espectáculos comenzaron un poco después. Varias chicas cantaron y bailaron, y luego dejaron libre la pista para que los clientes pudiesen moverse a gusto.

Rodney apuró un nuevo vaso y luego pagó. Salió a la calle. Algo le decía que no sería conveniente que le viesan junto a la chica cuando esta llegase.

Caminó por la acera hasta que divisó el coche que llegaba. Se detuvo en la esquina y Rodney se aproximó rápidamente a él.

—Buenas noches, Anny. ¿Le ha dicho Addyson que la llamaron del «Dakota»?

—Sí, pero yo no deseo volver a él. De ninguna de las maneras. Ya encontraré...

—Escuche. No tengo mucho tiempo. Atiéndame bien. Me gustaría saber si Reeves ha sido despedido o no y lo que ha ocurrido con él. ¿Quiere hacerme ese favor?

—Pero...

—¿No quiere?

—No es eso. Es que... Bueno, así como así también a mí me gustaría saber si a ese tipo asqueroso lo han despedido o no.

—Conformes. Nosotros estaremos dentro. Tiene usted que ver a Rourke, ¿no?

—Sí.

—Hágalo.

La chica taconeó ante ellos y desapareció por una entrada en un callejón lateral. Los dos hombres volvieron al interior.

Se sentaron a una de las mesas y pidieron whisky. Sobre el tablado, una cantante muy someramente vestida, decía a todo el que la quería oír que

su corazón pertenecía a dos hombres y no sabía por cuál decidirse.

Un hombre alto, de pelo delicadamente teñido de plata en las sienes, vestido con un smoking negro, caminó por entre las mesas.

— ¿Es usted el caballero que preguntaba por Reeves?

—Hombre, ¿es usted Reeves? Le traigo recuerdos de un amigo mío de Kansas que estuvo aquí hace unos meses y me dijo...

—No, no soy Reeves, pero le agradezco mucho a su amigo de Kansas City que haga la propaganda de mi establecimiento. ¿Una copa por cuenta de la casa?

— ¿No es usted Reeves?

—No. Mi nombre es Rourke y soy el empresario.

—Mucho gusto.

Rodney se había puesto en pie y estrechaba la mano del otro con calor.

—Y gracias por la copa, amigo. Le aseguro que me divierto en Rapid. Bueno, hay que visitar cuevas y parques y todo eso, pero por la noche... Esto me gusta, sí, señor.

—Muchas gracias. Lo veremos por aquí de nuevo, ¿eh?

—Hombre, usted puede figurarse lo que quiera, pero mañana aquí estaremos.

Rourke se alejó. Los dos agentes volvieron a sentarse.

—Sonría —dijo Addyson.

— ¿Qué?

—Sonría. En este momento su cara no es la de un tipo de Kansas que se está divirtiendo.

Rodney se obligó a sí mismo a sonreír.

— ¿Algo nuevo? —preguntó.

—Respuesta de Washington. Una serie de las huellas encontradas en el hotel «Reliever» pertenecen a Tony Dariello. Un pistolero de San Luis.

— ¿Buscado?

—En la actualidad, no. Cumplió sentencia atenuada hace doce meses.

— ¿Han enviado la fotografía?

—No, la descripción. Cuarenta años, pelo gris, delgado, seis pies de estatura.

— ¿Le han preguntado al empleado del «Dinosaur»?

—Sí. Uno de ellos tenía esas señas. Se ha dado orden de captura.

—Busque un teléfono, Addyson, y diga que si lo encuentran lo detengan acusado de cualquier otra cosa. Que no le digan lo que buscamos.

—Conforme.

El detective rubio salió. En ese momento las luces se atenuaron y los focos de sobre el escenario se encendieron. Un hombre vestido con una chaqueta amarilla anunció que la incomparable miss Anaconda bailarían la danza de *Las cruces llameantes*.

Bajo un foco rojizo, la muchacha apareció, mientras los tambores resonaban rítmicamente y cada vez más aprisa.

Llevaba un capuchón y media vestidura blanca. Sobre el pecho, la cruz del Klan. El resto, de medio muslo abajo, desnudo.

Rodney sintió que el pulso se le aceleraba. El disfraz o la perfección de las piernas, hizo correr pesadamente la sangre por las venas del agente.

El baile no era gran cosa, pero sí la presencia física de la muchacha. Cuando acabó, los aplausos demostraron que el público tampoco había sido insensible a la belleza de la chica.

Addyson volvió.

—Conforme. Lo están buscando por todos los hoteles de la ciudad. Y también al «Chevrolet» verde. Pero pintar un coche es lo más fácil que hay.

—Ya lo sé.

—Al parecer me he perdido algo bueno.

—La chica. La han vuelto a contratar.

Addyson encendió un cigarrillo y fumó pensativamente. Su cara, de rasgos afilados y duros, estaba impasible.

—¿No correrá peligro? Si la andan buscando esos tipos...

—La vigilarémos.

Hizo una seña al camarero.

—Oiga, amigo, ¿volverá a bailar esa preciosidad de criatura?

—Otra vez, señor. A las doce y media.

—Gracias. ¿Se la puede invitar a una copa?

—Las chicas no alternan, señor. Es norma de la casa. Lo siento.

—Bueno, el que lo siente más soy yo.

El camarero se alejó.

—Probablemente después se marchará a casa. Addyson, la voy a esperar. Usted vuelva a la Jefatura de Policía. No quiero dejarla sola.

—Ronald.

—¿Sí?

—¿Puede decirme exactamente lo que busca en este lugar?

—No lo sé, exactamente, Addyson, pero... la voy a esperar.

—Bueno, usted manda. ¿La va a llevar de nuevo al Ejército de Salvación?

—No lo sé. Parece un lugar seguro, pero... solo hasta cierto punto.

Addyson se puso en pie y salió.

A las doce y media. Anaconda volvió a bailar y se retiró también entre una salva de aplausos. Rodney esperó un poco aún, y luego salió. Se situó a la entrada del callejón, fumando un cigarrillo.

Quince minutos.

Nada.

Media hora.

Nada.

Había fumado el sexto cigarrillo, cuando las luces del «Dakota» comenzaron a palidecer intermitentemente. Una riada de gente comenzó a salir por la puerta central.

Rodney mantenía un ojo puesto en el callejón y otro en la salida principal. No vio a Anaconda. Frunció las cejas cuando se dio cuenta de que los últimos clientes estaban ya saliendo. Miró el reloj. Las dos.

Esperó aún otra media hora. Por la puerta del callejón comenzaron a salir grupos de chicas, evidentemente las coristas que habían intervenido. Luego, otros hombres, algunos de ellos con lazos negros en el cuello y pecheras blancas.

Los camareros.

Rodney apretó los puños. ¿Dónde diablos se había metido aquella chica?

Dos muchachas salieron, juntas, hablando rápidamente entre ellas. Rodney les cortó el paso. Una de ellas agarró el bolso con fuerza.

—Paso libre, molestón.

—Un momento. ¿Han visto ustedes a miss Liberman?

—¿Nosotras? No. Se marchó hace tiempo.

Rodney respiró fuerte.

—¿Mucho tiempo?

—¿Para qué lo quiere saber?

—Quisiera decirle algo. ¿Hace mucho que se marchó?

—Pues... después de terminar el baile.

—¿Sola?

—Oiga, amigo, ¿necesita una oficina de información para usted solito?

¿O es usted el novio de «Crucecita llameante»?

—Algo por el estilo. ¿Le importaría decírmelo?

—Bueno, yo no la vi marcharse, amigo. Solo sé que alguien dijo que se marchaba.

—¿Pudiera estar aún dentro?

—Desde luego que no. Ahí dentro no queda apenas nadie. Y ella es una de los pocos que no se quedan. Y tenemos prisa, si no le importa.

Se alejaron, taconeando. Rodney esperó aún un poco, hasta que la puerta del callejón se cerró.

¿Se había ido?

Sintiendo que algo muy parecido al terror se adueñaba de él, buscó su coche. Aún esperó ese poco de tiempo que todos conceden antes de marcharse definitivamente y luego puso el coche en marcha. ¿Se había marchado?

Cuando golpeó la puerta del patio del Ejército de Salvación, una muchacha con los ojos cargados de sueño le abrió.

—¿Miss Liberman? No la he visto. No sé que haya venido. Oiga, señor, la hora no es para...

—Espere un momento, por favor. Es muy importante. ¿Podría ver a la sargento?

—Pero está acostada y dormida...

—Bueno, entonces, ¿podría usted mirar en los dormitorios para ver si miss Liberman está en él?

Una figura apareció junto a ellos. Era la fea sargento y también tenía los ojos del que acaba de despertarse.

— ¿Ocurre algo, Milly?

—Sí, este caballero pregunta...

—Ah, ¿es usted? ¿Dónde está miss Liberman? Tenía entendido que iba a venir esta noche también.

— ¿No ha vuelto?

—No, desde luego.

— ¿Está segura?

—Pues claro que sí. No ha vuelto. ¿Ocurre algo?

—No lo sé. Gracias, de todos modos.

Sacó un billete de veinte dólares y se lo entregó a la sargento.

—Para sus obras, por favor. Y si llegara miss Liberman...

—Lo siento, pero no podríamos admitirla. Tenemos unas normas, señor.

— ¿Sabe usted que soy de la policía federal?

—Pues... sí, naturalmente.

—Por favor, ¿quieren admitirla en el caso de que llegase y llamarme por teléfono? A la Jefatura de Policía. Pregunten por Ronald. Es muy importante.

—Bueno, lo haremos, pero... Está bien. Lo haremos.

—Gracias.

Volvió al coche y partió a toda velocidad hacia el hotel «Reliever». La puerta estaba cerrada, y un policía se acercó desde la esquina, balanceando las caderas.

—El hotel está cerrado, míster. Tendrá que buscar otro... ¡Oh, usted es...!

—Sí. Agente Ronald, del FBI. Ya sé que el hotel está clausurado, pero ¿ha estado usted de guardia toda la noche?

—Sí.

— ¿Ha llegado una mujer? Una chica joven, vestida con un traje estampado y un bolso gris.

—No ha venido nadie.

A esta altura, decir que Rodney estaba alarmado, hubiera sido no decir nada. Estaba francamente espantado.

— ¿Está el dueño dentro?

—Creo que sí. Por lo menos, mi compañero me dijo que estaba dentro cuando le tomé el relevo. Pero si quiere podemos mirar.

—Abra la puerta.

El policía la abrió y penetraron. Llegaron al dormitorio del dueño. La puerta estaba abierta. Y dentro de la habitación, sentado en la cama, con una botella en la mano, el dueño.

— ¿Qué pasa? —preguntó con voz estrepitosa.

— ¿Ha visto a miss Liberarían?

— ¿Esa desagradecida? No, claro que no. Oiga, ¿cuándo voy a poder abrir el hotel de nuevo?

—No lo sé. ¿Está usted solo en la casa?

—Claro. Solo tenía un huésped y ustedes lo espantaron. Bueno, y a la fulanilla esa. Pero también se largó, la muy desagradecida. ¡Al infierno las mujeres y al infierno los hoteles! Yo me voy de aquí.

Rodney lo cogió por las solapas del chaleco y lo puso en pie violentamente.

—Escuche. Esta noche vino una chica preguntando por miss Liberman. ¿La atendió usted?

— ¡No! ¡Suélteme! ¡Me romperá la ropa!

— ¿Quién lo hizo?

— ¡No lo sé!

—Yo sí —dijo el policía—. Fue mi compañero. Y uno de los agentes federales.

Rodney soltó al dueño del «Reliever» sobre la cama.

Salieron. Subió al coche, después de ordenar al policía que si Legaba alguien pasara inmediatamente aviso a la jefatura y rodó hacia esta a toda velocidad.

CAPÍTULO VII

El agente principal Desmond y Addyson lo esperaban, junto al capitán de la policía,

—Ronald, ¿dónde diablos se ha metido usted?

Rodney los miró alternativamente.

—La chica ha desaparecido —dijo con voz ronca.

— ¿Desaparecido? Pero ¿cómo?

—Se marchó inmediatamente después de su actuación a las doce y media. No la he encontrado. No ha vuelto al Ejército de Salvación ni al hotel. Me he asegurado.

Desmond apretó los labios.

—Addyson me ha dicho que usted andaba detrás de algo, Ronald. ¿Qué era?

—Esa chica me dijo que el encargado del «Dakota» estaba a punto de saltar porque robaba al dueño, y este tal vez se había enterado. Era una pista pequeña, pero quise seguirla. Cuando supe que habían vuelto a llamar a la muchacha, pensé que ella quizá podría averiguar alguna cosa. Me he equivocado en algo.

—Y con cuatro cadáveres encima —dijo Desmond con cierta dureza—. Ronald, no quisiera parecerle fuerte, pero me parece que se ha expuesto usted demasiado. Esa muchacha puede parecerles peligrosa a esos tipos y... Bueno, no quiero pensar en ello.

—Lo sé, señor. Y lo siento. Pero ahora hay algo más importante que sentirlo. Quiero saber qué ha sido de miss Liberman. ¿Dónde ha ido?

— ¿Por qué cree usted que ha huido?

— ¿Yo? No he dicho eso.

Tenía las palmas de las manos sudorosas. Gotas de sudor brillaban también en su frente.

— ¿Hay algo nuevo?

—Siguen buscando el cuerpo del hombre al que vio su hermano. Están registrando todo el terreno entre Hermosa y Rapid palmo a palmo. Pero llevará tiempo.

— ¿Han encontrado a ese Dariello?

—No. Escuche, Ronald, ¿qué piensa hacer? ¿Quiere que se investigue el «Dakota»?

Rodney Ronald pensó rápidamente.

—Quiero saber qué ha sido de Reeves, el encargado del «Dakota». ¿Dónde vive Rourke?

—Lo sabremos pronto —dijo el capitán de la policía. Y dio una orden a uno de sus hombres.

—Ronald, ¿piensa usted que hay alguna concomitancia entre la muerte de aquel tipo y Reeves?

—No lo sé, señor.

Addyson estaba apoyado en la mesa, perezosamente. Dijo de pronto:

— ¿Por qué no averiguarlo? Señor Desmond, ¿y si hiciésemos un raid al «Dakota»? Podríamos meternos en él y tratar de averiguar algo.

— ¿Sin un permiso judicial?

Addyson se encogió de hombros.

—No he dicho nada, señor.

—Ni yo he oído nada. Nada, ¿me entienden?

Hizo una pausa.

—Ni sé lo que hacen mis hombres en sus horas libres. Y son casi las tres de la mañana.

— ¿Vamos? —preguntó Addyson.

—Vamos.

El teléfono sonó.

El capitán lo cogió, ligeramente sobresaltado. Había tanta tensión en el ambiente, que él mismo se había penetrado de ella.

— ¿Sí? El capitán Slatter al habla.

Escuchó durante unos instantes. Luego colgó.

—Han encontrado un cadáver escondido entre la maleza en Red Pine, a una milla de la carretera de Hermosa. Los perros del *sheriff* Cargol lo encontraron. Lo habían escondido bien. Y... le han machacado la cara. El cadáver está desnudo.

El agente principal Desmond se puso en pie.

—Vamos a echarle una ojeada. ¿Ronald?

—No, señor, si no le importa. Prefiero quedarme aquí.

—Comprendido. Yo iré. ¿Ha dicho desnudo?

—Como su madre lo echó al mundo. Eso quiere decir que... debe ser el que buscamos. No han querido dejar nada sobre él que permita la identificación.

Un agente volvió con un papel en la mano. Lo entregó al capitán y este se lo pasó a Rodney. «Rourke, Seann, 82, Bellevue.»

Rodney se guardó el papel.

—Vamos, Addyson.

Salieron de la jefatura.

— ¿Se mete usted siempre en líos en los asuntos que le encargan? —preguntó Addyson.

—Procuro no hacerlo, pero si los líos llegan, no me echo atrás.

Hablaba recortada, duramente. Puso en marcha el coche y el vehículo se lanzó hacia delante.

Lo detuvo en la esquina en la que había estado aguardando tanto tiempo.

—Vamos a entrar por la puerta de servicio. Está en ese callejón.

Se volvió a su compañero. Su rostro estaba serio.

—Addyson, quiero que lo piense bien. Puedo verme metido en un lío, pero sería injusto meterlo a usted también en él. Si lo desea, puede volverse a la jefatura. Yo lo haré solo.

— ¿No charla demasiado, Ronald? Hagamos lo que hemos venido a hacer y menos palabrería.

—Gracias. Si hay algún vigilante nocturno tendremos que silenciarlo.

Addyson echó mano a la funda sobaquera y sacó la pistola. La sopesó.

—Con esto se silencia fácilmente a cualquier tipo. ¿Va usted armado?

—Sí.

Llegaron a la puerta. Rodney se inclinó sobre ella y hurgó en la cerradura.

—No parece difícil —dijo.

El callejón estaba mal alumbrado. Un solo reverbero brillaba en la esquina, pero su luz llegaba muy atenuada hasta ellos.

La puerta resistía. Rodney hurgó algo más en ella y luego se irguió.

—Inútil. Debe tener un sistema de seguridad por dentro.

—Mire aquella ventana —dijo Addyson.

Se acercó a ella y la probó. La ventana resistió también.

Se miraron.

—No estoy dispuesto a dejarlo así —dijo Rodney con los dientes apretados. Se apartó y examinó la fachada. El piso superior estaba a unos seis pies de altura—. Ayúdeme.

Addyson puso las manos unidas bajo su pie. Rodney apoyó en ellas su peso.

—Aguantarán, no se preocupe. A... ¡up!

Rodney se alzó hasta agarrarse al alféizar de la ventana superior. Sosteniéndose con los codos, probó con la fina hoja de acero. Cuando esta llegó al resbalón, sintió que el mecanismo cedía hacia arriba. La ventana se levantó suavemente.

La forzada postura le había arrancado gruesas gotas de sudor. Arrastrándose, logró penetrar medio cuerpo en el interior. Por último, con una brusca torsión, se encontró dentro. Cayó como un gato y se volvió a la ventana.

Se asomó y alargó la mano, mientras miraba a las ventanas de enfrente por si alguien los estaba observando. Todas tenían las luces apagadas.

Alargó la mano y Addyson se cogió a ella de un salto. Un brusco tirón y el rubio agente estaba arriba.

—Vamos —dijo Rodney en voz baja.

Sujetó la ventana para que no volviera a bajarse y encendió una

diminuta linterna que llevaba sujeta al llavero.

Estaban en un cuarto pequeño, que debía servir de dormitorio a alguien. Se veía una cama de tipo turco, tapada con una manta. Frente a la ventana había una puerta cerrada.

Se dirigieron hacia ella sin hacer el menor ruido con sus suelas de goma. Rodney la abrió y se encontraron en un corredor. Había otras puertas que daban a él y luego una escalera que descendía.

Siempre con el mismo silencio, fueron bajando los escalones, uno a uno, mientras la linterna iluminaba solo el lugar en que habían de poner los pies.

Otro corredor, ya en el piso bajo. Había también puertas, pero dos de ellas estaban abiertas. Rodney lanzó la luz de la linterna en una de ellas y vio un tocador con espejo, una silla y sobre el tocador una batería de frascos y cremas. Un camarín, evidentemente.

Al fondo del corredor había otra puerta, tapada con una cortina. Cuando abrieron la primera vieron que era la salida al escenario, como Rodney se había imaginado.

Volvieron sobre sus pasos. Al otro extremo del corredor, había otra puerta. Traspasada esta se encontraron en una habitación cuadrada, con una puerta en cada lado.

Se detuvieron. Hasta ellos había llegado una voz. Alguien estaba hablando detrás de una de aquellas puertas.

Se aproximaron a ella y Rodney pegó el oído a la madera, mientras Addyson se mantenía al lado, con la pistola en la mano.

No oía las palabras, aunque sí el sonido de la voz. De las voces, porque eran dos.

Súbitamente, la luz se encendió sobre ellos. Deslumbrados, los dos agentes se volvieron, parpadeando furiosamente.

Una de las puertas se había abierto y un hombre de mediana edad, con un revólver en la mano estaba parado ante ella.

—No se muevan. Ni un solo movimiento.

Addyson era el que estaba más cerca. Se movió con la celeridad y la agilidad de un gato. Sujetando la pistola con la mano derecha, dio un salto y dejó caer el arma sobre la mano del otro. Este lanzó un aullido de dolor.

Luego, la izquierda del agente le golpeó en la cara y lo lanzó hacia atrás. La cabeza chocó contra la puerta y el hombre perdió el conocimiento.

Rodney se había apartado. Con los ojos entornados, estaba mirando a la puerta de la que había oído partir las voces. El picaporte se movía.

—¿Qué ocurre? —preguntó una voz.

Rodney tensó los músculos.

La puerta se abrió ligeramente. Al instante, el pesado cuerpo del agente se lanzó hacia delante, la empujó, pese a la resistencia que hacían desde

dentro y con la pistola ya en la mano, se encontró dentro.

Era un despacho de reducidas proporciones, con una mesa, un archivador metálico y dos sillas. Y había dos personas en el despacho.

Al primero, el que estaba sentado tras de la mesa, lo conocía ya. Era el propietario del «Dakota», Rourke. A la otra no la conocía. Porque se trataba de una mujer.

Era de mediana estatura, de pelo negro y facciones muy tostadas por el sol. Llevaba un suéter y una falda oscuros. Tenía un bolso en la mano.

— ¿Qué es esto? —preguntó Rourke. Se había puesto en pie y tenía la mano cerca de un cajón de la mesa—. ¿Quién es usted?

—Aparte de ahí la mano. ¿Me reconoce?

—Yo... Usted es el que estuvo...

—El que estuvo aquí esta noche, sí.

Se volvió a medias.

— ¿Acabó con ese, Addyson?

El semblante del agente apareció a su lado.

—Está inconsciente.

— ¿Qué buscan? ¿Dinero? —preguntó Rourke.

Su mano estaba ya casi al lado del cajón. Rodney dio dos pasos hacia delante, bordeó la mesa y dio un empujón al hombre.

—Le he dicho que mantenga las zarpas alejadas del cajón. Vamos a ver lo que tiene allí.

Abrió el cajón y sacó una pistola. Se la echó al bolsillo, mientras Addyson cubría con la suya a Rourke y a la mujer. Rodney se volvió hacia esta.

— ¿Quién es usted?

—Somos nosotros quienes preguntamos quiénes son ustedes. ¿Qué quieren? ¿Robar?

—No, hacerles unas preguntas.

Hablaba dirigiéndose a Rourke, pero con los ojos fijos en la muchacha. Esta lo miraba también. Su cara parecía extrañamente impasible.

— ¿Preguntas? ¿Qué preguntas?

—Una mujer ha venido aquí para trabajar esta noche. ¿Dónde está?

— ¿Quién?

—Una mujer llamada Anaconda Liberman. ¿Dónde está? Vamos, hable. Hable, si no quiere que le ocurra lo que al hombre de allí fuera.

— ¿Lo han matado?

—No. Golpeado solo. Vamos, ¿dónde está Anaconda Liberman?

—No lo sé. Si trabaja aquí...

—Usted sabe bien que sí. Usted mismo la hizo llamar.

—Pues... habrá salido con las otras. ¿Yo qué sé? Tengo cosas mejores que hacer que vigilar a las chicas una vez que han cumplido su trabajo.

—Yo la estaba esperando y no la vi salir.

Rourke se encogió de hombros. Había lanzado una rápida mirada a la mujer. Mirada que esta había interceptado.

—Addyson, cójale el bolso a esa.

Addyson estaba ya en movimiento. De un solo salto se colocó junto a la muchacha y le cogió el bolso. Ella tiró de él y la corredla se rompió.

—Vamos, no haga tonterías, chica. Son perjudiciales.

Pese a su resistencia, le arrancó el bolso y le dio un empujón. Las uñas de la mujer habían estado a dos pulgadas de sus ojos.

Addyson abrió el bolso. De él salió una pistola.

— ¿La necesita para limpiarse los dientes por la mañana? —preguntó Addyson.

Se la guardó en el bolsillo. Rourke los miraba con los ojos entornados.

Rodney se volvió a él.

— ¿Dónde está la chica?

— ¡No lo sé! No me ocupo de...

Rodney le golpeó en la boca y lo tiró contra la pared. De entre los labios del propietario del «Dakota» brotó un hilo de sangre que le manchó la pechera de la camisa.

— ¿Va a contestar?

—Esto... le costará caro.

— ¿Dónde está la chica?

— ¡No lo sé! Le dije que podía venir a trabajar, pero no sé qué habrá hecho después. No lo sé.

Rodney volvió a alzar la mano en el aire. El otro se protegió la cara con el brazo.

— ¿Habla?

—Pero si ya le digo...

— ¿Está aquí?

—No lo sé. Palabra que no lo sé. Habrá ido a su casa...

—No. No ha ido.

Rodney le pegó de nuevo. Esta vez en la nariz. Un golpe doloroso que hace sangrar, pero que no deja señales después. Rourke barbotó algo.

— ¿Qué dice?

—Esa chica se marchó —dijo la mujer de pronto. Eran las primeras palabras que pronunciaba.

— ¿Usted la conoce?

—La que bailaba el número de las Cruces llameantes. Sí, se marchó. Yo misma lo vi.

Rodney se apoderó del bolso, hurgó en él y sacó un pañuelo. Se lo metió en el bolsillo sin mirarlo. Ella lo contemplaba con los ojos entornados. Pero no preguntó la razón de aquel gesto.

—Así que usted lo vio. Bien, vamos a registrar el local. Ustedes dos salgan delante y vayan encendiendo luces. Al menor gesto, les va a parecer

que les cayó encima el edificio. Vamos, andando.

Apoyó la pistola en el costado de Rourke y este se movió hacia la puerta.

El vigilante estaba caído donde Addyson le golpeará. Rodney se inclinó sobre él.

— ¿Quién es este hombre? —preguntó.

—El... guardián nocturno.

Podía serlo. Era un hombre maduro, entrado en carnes.

—Átale las manos, Addyson.

El agente lo hizo en un momento, empleando el cinturón del hombre. Luego, Rodney empujó a Rourke.

—Vamos, adelante. Y vaya encendiendo luces.

En las tres puertas que daban al cuarto cuadrado, no había nadie. Una de ellas era evidentemente la habitación del vigilante. Penetraron en el corredor.

—Abra esas puertas.

Rourke obedeció. La pistola de Rodney pegada siempre a su costado, con el dedo del agente en el gatillo.

Camerinos todos ellos. Llegaron al salón, vacío en ese momento, y con las sillas sobre las mesas para que las mujeres de la limpieza pudieran efectuar esta a la mañana siguiente.

El bar, con su almacén detrás. Rodney miró detrás de los montones de cajas.

Nada.

Recorrieron el piso superior. Nada.

Volvieron otra vez al despacho. El vigilante había recobrado el conocimiento, pero no se había movido, ligado como estaba.

— ¿Lo ve? —dijo Rourke, restañándose la sangre que le fluía de la nariz—. Esa muchacha se ha debido marchar como todas. ¿Por qué había de estar aquí?

— ¿Sabe por qué se despidió la otra vez?

—No, solo que se despidió. Yo no soy el encargado. No me ocupo de eso.

— ¿Quién lo hace?

—Pues Ree... el encargado.

Casi se le había escapado el nombre y Rodney lo notó. La trampa casi había saltado.

— ¿Quién es? ¿Cómo se llama?

—Donahue.

Anaconda había dicho claramente Reeves, y a Rourke casi se le había escapado la palabra. Rodney lanzó una mirada a Addyson. Este le hizo un gesto. Había comprendido.

— ¿Quiénes... quiénes son ustedes?

—Amigos de la chica.

Rodney se volvió sorprendidamente a la mujer.

— ¿Y usted quién es?

—Una amiga mía —respondió Rourke.

—Le estoy preguntando por su nombre.

—Me llamo Lidia —respondió ella. Había una mueca en sus labios delgados.

—Venga con nosotros.

— ¿Dónde?

—Lo sabrá más tarde.

Tenía el bolso en la mano. Lo abrió por el compartimiento interno. Había notado al tacto que estaba lleno de algo. Metió la mano y sacó un fajo de billetes.

Y eran todos de mil.

— ¿Siempre lleva tanta calderilla encima?

—A usted no le importa. Deme eso. Es mío.

—Venga con nosotros. Y le advierto que si intenta resistirse, vamos a divertirnos todos. Vaya si nos vamos a divertir.

—No pienso ir con ustedes.

Addyson le cogió el brazo y se lo retorció en la espalda. La mujer lanzó un obsceno juramento, seguido de un gemido de dolor.

—Vamos, ande.

—Avisaré a la policía —dijo Rourke limpiándose el sudor de la frente.

—Nos la llevamos. Solo puede usted evitarlo de una manera: diciéndonos lo que ha hecho de miss Liberman.

— ¡No sé dónde está!

Rodney se metió el dinero en el bolsillo.

—Ahora, escuche bien, Rourke. Si algo le ha ocurrido a miss Liberman, esta fulana pagará por ello. ¿Entendido?

—Pero...

—Ya lo sabe. Y ahora, nos vamos. Abra la puerta del callejón. Y si sabe dónde está miss Liberman, envíeme una nota al «Dinosaur». A nombre de Smith. ¿Entendido? Smith. Hotel Dinosaur. Allí esperaremos.

Le metió la pistola entre las costillas.

—Vamos, abra la puerta.

Rourke los precedió. Detrás de él Rodney y por último Addyson, siempre sujetando a la chica.

Salieron. Nadie en la calle. Rodney cogió la puerta y la cerró tras de sí.

Metieron a la mujer en el coche. Ella estaba callada, pero sus ojos no se apartaban de los dos agentes.

Addyson dijo en voz baja:

— ¿Qué vamos a hacer con ella?

—Primero a la jefatura. Luego, usted y yo, iremos al «Dinosaur».

—Policías —dijo ella con desprecio.

—Sí. Policías. ¿Le dice algo mi cara?

Ella escupió en el suelo del coche.

— ¿Por qué no se quedan con el dinero y me dejan libre? Ahí hay treinta mil.

—Lo sé. No me interesa él dinero. Me interesa miss Liberman.

—No tengo ni idea de dónde está.

Rodney no respondió. Estaban llegando a la jefatura.

Sacaron a la mujer del coche y la metieron en el edificio. El agente principal Desmond, con varios de sus hombres, y el capitán de la policía, estaban en el despacho de este último. El ambiente, pese a la ventana abierta, estaba lleno del humo de los cigarrillos y del olor de la cerveza.

Desmond se puso en pie.

— ¿Quién es, Ronald?

Rodney se irguió. Su dedo señaló a la mujer directamente.

—Míster Desmond, tengo la vehemente sospecha de que esta mujer iba en el coche con los que mataron a mi hermano. Solo que entonces iba vestida de hombre. ¿Tienen ustedes el pañuelo que los hombres de Cargol encontraron en el bosque, junto a la carretera?

—Sí.

—Tráiganlo.

Uno de los agentes lo trajo. Rodney sacó de su bolsillo el que le había quitado a la mujer.

—Son muy parecidos.

—Hay miles de pañuelos como ese. Millones —dijo la mujer despreciativamente.

—El examen químico dirá si usted ha usado los dos.

Por primera vez, la mujer dio muestras de cierta inquietud.

—No me asustan. No tengo nada que...

— ¿De quién es este dinero?

—Mío.

— ¿De dónde lo sacó?

—De mi cuenta.

— ¿Qué banco?

Ella cerró los labios. Rodney hizo un gesto.

—Este dinero se lo ha dado Rourke a usted. ¿Por qué?

—No me lo ha dado. Es mío.

—Llévensela al salón de interrogatorios. Hablaremos después con ella.

La sacaron. Desmond se volvió a Rodney.

—Ronald, ¿tiene usted pruebas de que esa mujer sea uno de los asesinos de su hermano?

—Solo ese pañuelo y los treinta mil dólares. Y haberla encontrado con Rourke.

—No podemos presentar ese caso ante un tribunal.

—Ni hace falta. Sus amiguitos no saben que somos policías. Si Rourke los avisa, irán al hotel «Dinosaur» a buscarnos, y entonces los cazaremos.

Desmond lo pensó un momento.

—Puede ser posible, pero voy a hacer vigilar a Rourke. En realidad, debió usted haber telefoneado para que lo vigilásemos. Ahora se habrá largado.

Rodney se apoyó en la mesa con ambas manos.

—Míster Desmond: esa chica está en peligro o... la han matado. No voy a pararme en legalismos más o menos. Quiero echarles el guante a los asesinos de mi hermano y esta es la manera más efectiva para hacerlo. Si no le gustan mis métodos, lo siento mucho. Dígamelo y le entregaré la placa.

—No he dicho eso, Ronald. Si es una amenaza...

—No, señor. No lo es. Pero quiero encontrar a esos malditos asesinos.

Respiró fuertemente.

—Escuche, míster Desmond. Rourke no sabe que somos policías, repito. Creerá que somos amigos de miss Liberman, y enviará a los compañeros de esta moza. Yo trataré con ellos. Y una vez que los haya visto, no se podrán esconder ni en el mismo infierno. No en ningún sitio al que yo pueda llegar. Ahora...

Se irguió. Su cara estaba pálida.

—Ahora, dígame si puedo seguir adelante.

Desmond vaciló un momento. Solo un instante.

—Siga adelante, Ronald, pero... no solo. El FBI no es un hombre solo. Son muchos y actúan juntos.

—De acuerdo, señor. No obraré solo. Mantendré comunicación con ustedes, desde el Hotel Dinosaur.

Cogió el teléfono.

—A propósito. ¿Ha llegado ya el cadáver que encontraron?

—Sí. Está en la Morgue. Le están haciendo la autopsia en este momento.

—Bien. ¿Quieren ustedes interrogar a esa mujer? Yo tengo que ir al «Dinosaur». Rourke ha podido ponerse en comunicación con los amigos de ella. Pregúntenle su nombre y confronten sus huellas con las encontradas en el «Reliever».

—Míster Desmond, ¿puedo ir con Ronald? —preguntó Addyson.

—Vaya. Y mantengan una línea directa con nosotros desde el hotel. Vamos a enfrentar también a la mujer con el empleado del «Dinosaur». Quizá la reconozca aunque ahora no vaya vestida de hombre.

—Sí, háganlo. No podemos esperar. ¿Vamos, Addyson?

—Vamos, compañero.

CAPÍTULO VIII

El dueño del Hotel Dinosaur, despertado por su empleado nocturno, se mostró absolutamente dispuesto a colaborar con ellos.

— ¿Ha venido alguien preguntando por míster Smith? —preguntó Rodney.

El empleado movió la cabeza negativamente.

—Escúcheme bien, ¿podemos uno de nosotros permanecer en algún lugar en que no nos vea alguien si entra?

—Detrás de la centralita telefónica —dijo el empleado después de pensar un momento—. Escuchen. Ustedes han detenido a mi compañero. ¿Es que...?

—Simplemente, su vida corría peligro. Y escuche: usted también puede correr peligro. No haga preguntas, no haga gestos. Usted es un simple empleado del hotel. Si alguien viene preguntando por Smith, pórtese como lo haría si le preguntasen por otra persona cualquiera. ¿Comprende?

El empleado tragó saliva.

—Sí... creo que sí.

—Si tiene miedo, un agente puede ocupar su puesto.

—No es necesario, señor. Creo que puedo hacerlo como desean, Pero... si esos tipos traen malas intenciones...

—La pistola de mi amigo estará siempre preparada para defenderlo.

—Bien, en ese caso...

—Usted —se volvió al dueño— vuelva a dormir. ¿Desde la calle pueden ver la centralita?

—No, señor.

—Bien. Deme una habitación en el primer piso.

El encargado le dio una llave. El número 102.

—Está junto a la escalera. ¿Si me preguntan cuánto tiempo lleva usted aquí, debo responder que...?

—Cinco días. O seis. Lo dejo a su elección. Pero no diga que nos hemos inscrito esta noche.

—Comprendo.

—Addyson, ¿se queda usted en la centralita o... lo hago yo?

—Yo mismo. Denme comunicación con la Jefatura de Policía y

manteniendo la clavija metida. Queremos esa línea para nosotros solos.

El empleado lo hizo.

Rodney llamó a la jefatura. Mientras, Addyson examinaba la puerta de entrada sin separar de ella los ojos.

—¿Desmond? Ronald al habla. Ya tenemos la línea reservada. No han preguntado aún por nosotros. ¿Hay algo nuevo?

—Las huellas corresponden a uno de los juegos que encontramos en una de las habitaciones. El empleado del «Dinosaur» no la ha reconocido formalmente, pero dice que bien pudiera ser el individuo bajito y moreno que llevaba *blue-jeans* y cazadora.

—¿Ha confesado?

—No, y no parece que lo vaya a hacer. Tan pronto haya algo nuevo, le llamaremos. Voy a enviarles un par de agentes para que vigilen la calle...

—No —cortó Rodney—. Si vienen, Addyson y yo nos bastamos para enfrentarnos a ellos. Quiero que encuentren el camino libre.

Pensó un instante.

—En todo caso, instalen un coche con radio en la intersección de la calle en que estamos con la avenida que la cruza un poco más allá, al norte. ¿Cómo se llama?

—Cooligan —dijo el empleado.

—Con la avenida Cooligan. Que sea un coche que no despierte sospechas. Pero háganlo aprisa. Y que no intenten detenerlos si llegan. Que los sigan, solamente.

—Está bien, puede retirarse.

Rodney se limpió el sudor de la frente. Se volvió a Addyson.

—¿Preocupado por la chica? —preguntó este.

—Mucho.

—Le gusta, ¿eh?

Rodney lo miró con fijeza.

—Eso no importa. Por mí se ha visto metida en este dio. Eso si no la han ma... No quiero pensar en ello. No me lo perdonaría nunca.

—Sí —dijo el agente rubio—. Tienen la mala costumbre de sembrar la carretera de cadáveres. Bueno, dispense, compañero.

—No hay de qué. Bien, ¿se queda?

—Sí.

—Yo dejaré la puerta abierta. No se deje ver. Y usted, envíemelos en cuanto lleguen.

—Sí, señor.

Subió, abrió la habitación y se quitó la chaqueta. La funda de la «Magnum» quedó al descubierto. Se tendió en la cama, con la puerta abierta. Luego descolgó el teléfono.

—¿Sí? —era la voz del empleado de noche.

—Déjeme esta línea libre también.

Encendió un cigarrillo y comenzó a fumar a cortas bocanadas.

Si algo le había ocurrido a aquella muchacha... Tan llena de vitalidad, con aquella conversación chispeante y aquella amargura, extraña en una mujer tan joven... no se lo perdonaría nunca.

Luego pensó en su hermano, en Buck, en el buen Buck...

Se restregó los ojos. No habla llorado desde que tenía once años, pero al pensar en Buck, sentía que las lágrimas se le agolpaban en los ojos.

Deseando acción, tapó el teléfono con la chaqueta. En el momento en que volvía a tenderse, el aparato sonó.

—Ronald, míster Desmond al habla.

— ¿Sí?

—Ronald, en la cara del cadáver han encontrado rastros de la huella de un neumático. Al parecer ya no caben dudas. Es el que su hermano dijo haber visto. Lo mataron de un disparo en los riñones. Después de muerto lo golpearon para desfigurarlo. Tiene varias señales identificatorias, que los asesinos pasaron por alto, con la prisa, seguramente. Una cicatriz en la pierna izquierda. Representa unos cuarenta años. Y estaba operado de apendicitis. Tiene también varias prótesis dentales en la boca. Con esto podemos comenzar a investigar sobre Reeves.

—Cuanto antes mejor, míster Desmond. Alguien debía conocer lo suficientemente bien a Reeves como para saber si tenía esas señales. Miss Liberman lo sabría... al menos conocería algunas de ellas. Las de la boca, por ejemplo.

Hizo un gesto.

— ¿Algo más?

—La mujer continúa negando. Pero vamos a comprobar los números de los billetes. En cuanto abran los bancos, sabremos si han salido de la cuenta de Rourke.

Cortó la comunicación. Rodney volvió a tenderse en la cama. El sueño fue apoderándose de él, por lo que se puso en pie y comenzó a pasear sin hacer ruido por la habitación.

Miró el reloj. Las cuatro y media casi.

Encendió un nuevo cigarrillo. A las cinco menos diez, el teléfono sonó una sola vez. Una solo.

Lo cogió, al mismo tiempo que dirigía una ojeada a la puerta.

—Suben —dijo Addyson en voz muy baja.

— ¿Cuántos?

—Dos. Hay otro en la puerta. No puedo hablar más.

Rodney colgó y se colocó junto a la puerta, con la mano en la funda sobaquera. Ellos debían pensar que los esperaba. Al menos, habrían pensado que los estaba esperando. No se sorprenderían demasiado si encontraban la puerta abierta.

Oyó los pasos, lentos, sigilosos. Tensó los músculos.

Luego, la puerta se movió ligeramente.

Hacia dentro.

Una mano, armada con una pistola, apareció en el radio de visión de Rodney.

Y luego, un cuerpo enorme.

—Pasen, amigos. Los estaba esperando.

Eran dos. El primero, un gigante, una especie de oso belfudo, con el pelo cortado casi al rape, y muy rubio.

Y el otro, un hombre de ancha mandíbula, vestido con un tarje gris, de rayadillo y con las mejillas colgantes. Se le veían los dientes de oro por entre los labios.

Pasaron. Los dos llevaban las armas en la mano.

—Usted tiene un revólver, nosotros dos. ¿Dónde está la chica?

— ¿Dónde está la otra?

Con la punta del pie, Rodney empujó la puerta para cerrarla.

—No haga eso —gruñó el gigante—. No haga eso o...

— ¿O qué?

—Solo eso: no lo haga.

—No me dé órdenes. Estamos empatados. ¿Dónde está mi chica?

—Le gustara saberlo, ¿eh? ¿Le gustaría saber dónde está esa ratilla?

El hombre de los dientes de oro exhalaba un fuerte perfume. Una mirada a sus escasos cabellos le reveló a Rodney qué clase de perfume era. Un regenerador del cabello.

—Sí, me gustaría. Si ustedes le han hecho algo...

—Váyase al infierno.

El gigante. Rodney le clavó los ojos. Cómo le gustaría meterle una bala en la enorme cabeza y otra en el estómago. Los nervios se le atirantaron.

Se contuvo con un esfuerzo que le costó sudor.

— ¿Dónde está?

— ¿Y la otra?

El de los dientes de oro, el hombre que temía quedarse calvo.

—En lugar seguro. Con mi compañero. ¿Para qué quieren ustedes a Anaconda?

—Dejemos eso para más adelante. Usted tiene algo que nos interesa. Nosotros algo que le interesa a usted. ¿Cambiamos?

—Sí.

— ¿Y los... treinta mil?

—No me interesa el dinero. También los tendrán ustedes. Pero quiero a mi chica.

Luego:

— ¿Qué les había hecho ella?

—Nada. Bien, venga con nosotros. Se la entregaremos a cambio de la nuestra y de los treinta mil. Creo que es justo.

—Sí.

Cogió la chaqueta. Pero no podía ponérsela sin abandonar la guardia. Y no quería dejar de apuntarles con la pistola.

—Vamos, echen a andar.

Confiaba en que a esas alturas, Addyson se habría dado cuenta de que si aquellos hombres estaban allí era porque Rourke los había avisado. Y que habría llamado a la Jefatura de Policía.

—Vamos, echen a andar.

Las manos del gigante se abrían y cerraban. Parecían enormes. Rodney se encontró pensando si habrían sido aquellas manos las que cortaron el hilo de la existencia de Buck.

Meterle una bala en el estómago...

Los dos habían echado a andar. El de los dientes de oro abrió la puerta y echó una ojeada al pasillo.

Se volvió.

—Como si fuéramos tres amigos. Lup, esconde la pistola.

—Si este tipo hace una tontería —gruñó el gigante—, me bastará con las manos para acabar con él.

Estaban ya en el pasillo. Comenzaban a bajar la escalera.

Llegaron a la sala de recepción. El empleado alzó la cabeza. Rodney vio que su cara estaba pálida.

—Salimos a dar una vuelta —dijo Rodney al encargado—. Volveremos dentro de un rato.

—Sí, señor.

Llegaban a la puerta. El hombre de los dientes de oro lanzó una mirada hacia atrás.

—¿Y su amigo?

—Con su chica.

—Iremos primero a recogerlos.

—¿Cree que soy tonto? Primero la mía.

—Está cerca.

—Pues demuéstrenlo. Vamos.

Llevaba la pistola cogida con la mano y encima de esta la chaqueta, ocultándola. Salieron a la calle. Un coche, un «Ford», estaba parado un poco más allá del hotel. Un hombre con cabellos grises, que había estado parado junto al coche, se metió en él al verlos aparecer. Dariello.

—Usted primero —dijo el gigante—. Vamos, métase en el coche.

—No, ustedes antes.

—Obedece, Lup —ordenó el hombre de los dientes de oro—. Vamos, ¿qué más da? Estamos en tablas.

Lup entró. Casi ocupaba la mitad del asiento trasero. Luego, el de los dientes de oro. Por fin, Rodney.

El hombre del pelo canoso se volvió hacia ellos.

— ¿Dónde está Lidia? ¿Y...?

—Calma, Tony, calma. Echa a andar. Adonde tú sabes.

Rodney se volvió hacia ellos. Estaban tan apretados que su pistola tocaba el costado del hombre de los dientes de oro.

—Pásate delante, Horny —dijo el gigante—. Aquí sobra uno.

Por encima del respaldo del asiento, Horny pasó junto al conductor. El coche, a buena velocidad, seguía por la calle, desierta a estas horas.

Luego, dobló una esquina. Rodney lanzó una ojeada hacia atrás. Esperaba que los de la policía y Addyson no se dejarían ver.

Un camión de reparto de leche se cruzó con ellos. Pasaron dos travesías y luego una tercera, un poco más alejada. Las casas comenzaban a clarear.

Una nueva esquina, que el coche tomó lentamente y por fin el hombre del pelo gris se detuvo.

—Escuchen —dijo Rodney—. Si nada le ha ocurrido a mi amiga, la recogeremos e iremos a buscar a la suya. ¿Conformes?

—Conformes.

El gigante se bajó. Rodney le apuntó al momento con la pistola.

—Nada de bromas, ¿eh?

—Vamos, idiota, ¿cree que tengo ganas de broma? Le retorcería el pescuezo.

El de los dientes de oro se había aproximado a la puerta. La abrió y penetró en el interior.

Los demás lo siguieron, excepto Tony Dariello, el del cabello gris, que condujo el coche un poco más allá. Por fin lo paró y se reunió con ellos.

Una luz se encendió sobre Rodney. Una amplia habitación sin muebles, que evidentemente hacía mucho tiempo que no se usaba. Lo único que había en un rincón era un montón de cajas de embalar,

Y...

Anaconda,

Despeinada, sentada en un rincón, con las manos atadas a la espalda y el vestido roto en los hombros. Una señal le cruzaba la cara.

— ¿Por qué han hecho esto? —preguntó Rodney con los dientes apretados—. ¿Por qué han tenido que pegarle?

Se volvió. Justo a tiempo.

Las manos del gigante estaban a dos pulgadas de su cuello.

Se dejó caer y su pistola restalló en el aire en calma de la habitación. Dos veces.

Las dos balas dieron en el blanco. El gigante puso cara de asombro y retrocedió dos pasos.

La pistola hizo un giro de treinta grados para amenazar a los otros dos.

—Siempre dije que Lup era un estúpido, un montón de carne con patas —dijo Horny con un suspiro—. No es así como se hacen las cosas.

—Si esa chica está muerta, ustedes...

—No está muerta, amigo. Compruébelo.

Rodney retrocedió sin dejar de mirarlos y de apuntarlos: con el arma.

Se inclinó sobre la muchacha. Esta respiraba pesadamente.

—¿Lo ve como está viva? Bueno, hemos cumplido nuestra parte...

El gigante había caído al suelo. Se sujetaba el pecho con las manos.

—Horny, me ha dado... mávalo.

—Sí, Lup, enseguida. Tan pronto como... tan pronto como hayamos cogido el dinero y a Lidia. Maldito estúpido, maldito... Yo mismo te mataría si...

El gigante rodó por el suelo. Sus manos se abrían y cerraban.

Anaconda gimió suavemente. Rodney, con la mano izquierda, tanteó para quitarle las ligaduras.

No podía.

Se irguió.

—Bien, se ha acabado la historia. No se muevan.

—Usted...

—He dicho que no se muevan. Soy agente federal. Soy el hermano del hombre al que ustedes mataron. ¿Cuál de ustedes fue?

Horny abrió la boca. Más que nunca se vieron sus dientes de oro.

—¿Un agente... federal...?

—Si hace tan solo un movimiento lo mato. Sí, ¿quién mató a mi hermano?

—Fue... fue ese tipo. Usted lo está viendo. Usted lo ha matado ya.

—¿Sí?

Tony Dariello dio un paso hacia delante.

—Pero... ¿y Lidia? ¿Dónde está Lidia?

—Detenida. Y si usted da un paso más...

El ruido de un motor llegó hasta ellos. Rodney, sin dejar de apuntarlos, se dirigió a la puerta.

—Un movimiento. Eso es todo lo que pido, para meterles una bala en el estómago.

Abrió la puerta. Dos coches se habían detenido ante ella. Addyson, con la pistola en la mano, saltó de uno de ellos.

—Aquí, Addyson.

Se volvió en redondo. Los otros dos hombres lo miraban con los ojos muy abiertos.

—Aquí los tienen. Uno de ellos muerto. Vamos, llévenselos. No sé si voy a poder contenerme más tiempo.

—Tranquilo, Ronald.

Se acercó a la muchacha, mientras otros dos agentes entraban, armados.

—Cójala con cuidado. No parece...

Se había inclinado sobre ella.

—No parece mal herida.

Y entonces Anaconda abrió los ojos.

—No me peguen...

—Tranquila, pequeña. Nadie le va a pegar ya.

Se volvió a Rodney.

—Dígaselo usted mismo, Ronald.

Ronald se guardó la pistola y se inclinó hacia la muchacha. La cogió entre los fuertes brazos.

—Nadie, pequeña. Nadie ya.

Ella comenzó a llorar, apoyada en su hombro.

—Hemos cogido a Rourke —dijo uno de los agentes federales—. Está cantando de plano según las últimas noticias.

—Vamos —ordenó Rodney.

* * *

El agente principal Desmond estaba sentado ante la mesa del capitán de la policía. Un médico atendía a la muchacha, que tenía cogida fuertemente la mano de Rodney entre las suyas.

—Ya está lista la historia, Ronald. En efecto, Rourke se había enterado de que Reeves le robaba y quiso darle un escarmiento. Llamó a estos tipos a San Luis. Un amigo suyo le había indicado que eran los hombres a propósito para hacerlo. Les dijo que quería que le dieran un susto a Reeves. Un pequeño escarmiento, dice él. Pero por lo visto los hombres no pensaban lo mismo. Cogieron a Reeves y se lo llevaron a darle un paseíto lejos de aquí.

Hizo una pausa.

—Y se lo dieron. Su hermano llegó cuando iban a esconder el cadáver. Lo dejaron hacer, pero al ver que Buck se largaba de nuevo, cogieron el cadáver con ánimo de no dejar detrás de ellos nada que los delatase. Luego, cuando vieron que su hermano los seguía, lo mataron.

Hizo un gesto.

—Les gusta apretar el gatillo. Y siguieron haciéndolo con el empleado del «Reliever» y el vigilante.

Rodney se volvió a la muchacha.

—¿Y a ti, Anny?

—No lo sé muy bien. Vi a ese hombre hablando con Rourke. A ese de los dientes de oro. Y tenía un frasco en la mano. Un frasco de Resurrectrix. Debí... debí hacer algo que les hizo entrar en sospechas. Cuando Rourke dijo que yo vivía en el «Reliever»... no lo pensaron más. Apenas acabé la actuación, me metieron en un coche y... Bueno, ya lo ves. Ese cerdo grande me golpeó.

Desmond alargó la mano y estrechó la de Rodney.

—Hemos acabado el asunto —dijo.

—Sí, y Buck está muerto.

—Lo siento. Eso... eso nos puede ocurrir a cualquiera de nosotros un día u otro. Lo siento.

—Lo sé.

Se volvió a mirar a Anaconda.

—Tienes que dormir —dijo—. Ahora puedes hacerlo tranquila. Mañana hablaremos, muchacha.

—Ha sido usted muy valiente —dijo Desmond—. Mucho.

—Y —acabó Rodney— fueron sus palabras las que me dieron la pista. No lo olvidaremos.

Ella cerró los ojos.

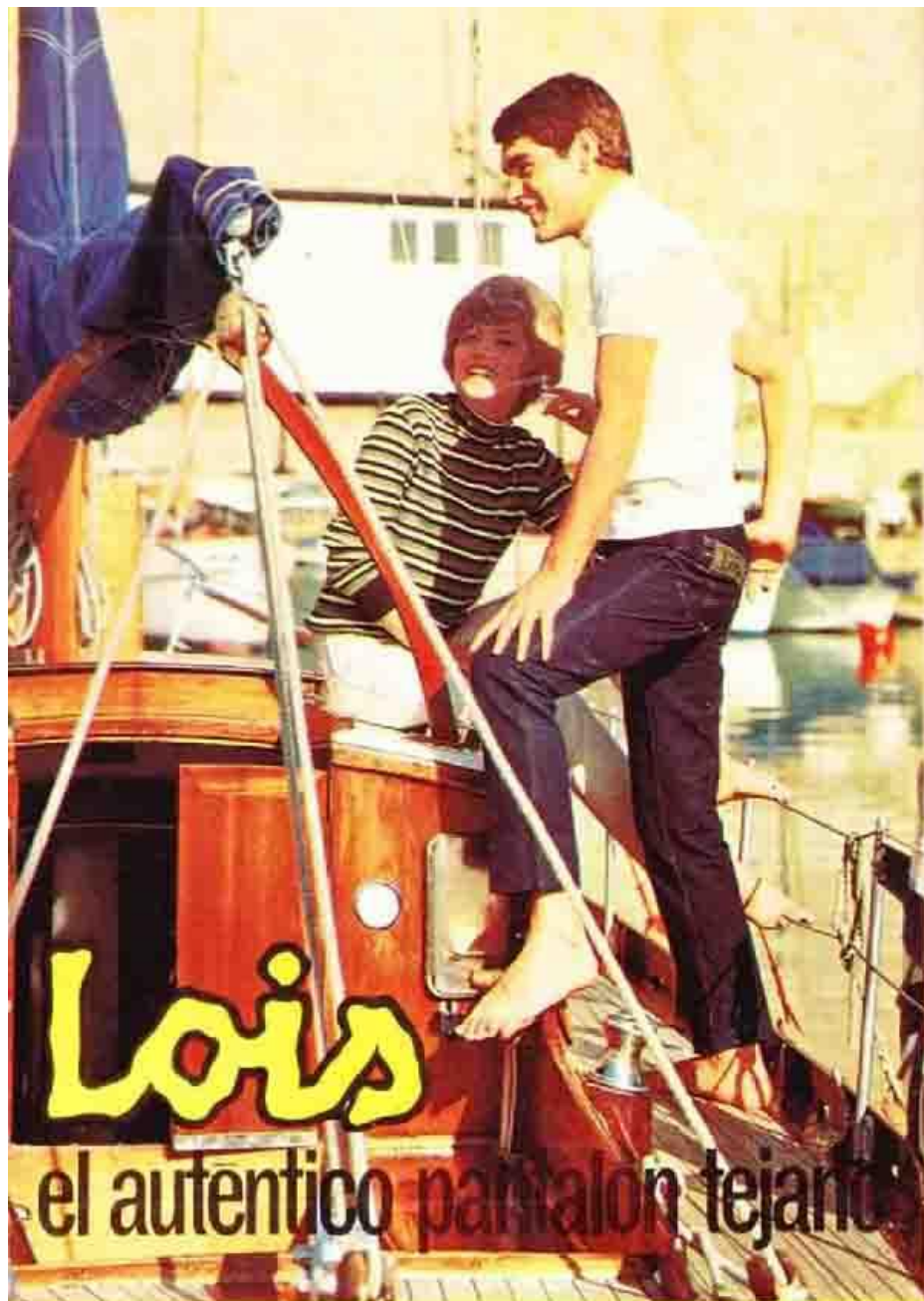
—Mañana hablaremos, ¿no? Ahora... quisiera dormir. Dormir hasta... hasta hartarme.

—Listo el asunto —dijo Addyson—. Un nuevo caso cerrado.

Un nuevo caso del FBI. Cerrado. Y un agente muerto quedaba vengado. Rodney encendió un cigarrillo.

—Creo —dijo— que yo también necesito dormir.

FIN



Lois

el autentico pantalón tejano



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

MORA LA NUEVA, 2 BARCELONA (España)

Impreso en España - Printed in Spain

PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas.